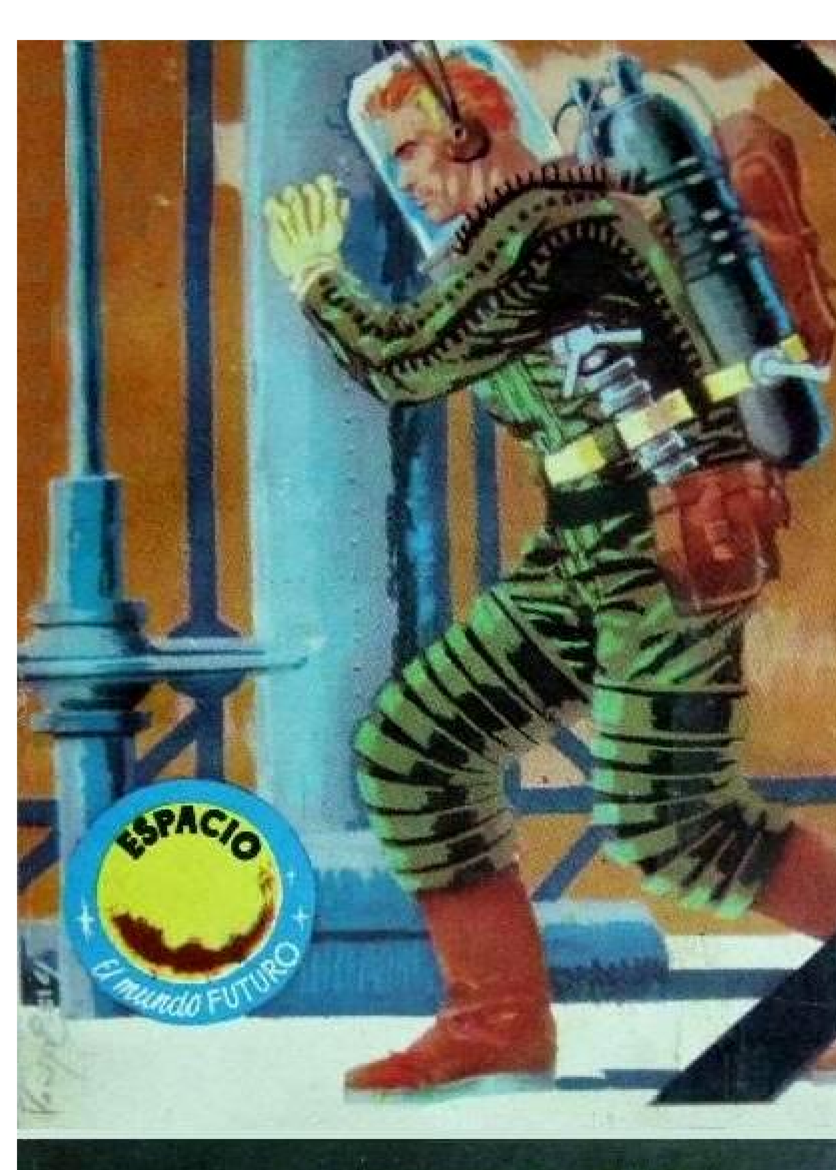


VIRUS

JOHNNY GARLAND



VIRUS

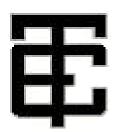
JOHNNY GARLAND

Colección ESPACIO

VIRUS

POR

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Deposito legal B 4414-1963

Núm. De Registro:

Portada: López Espí

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. – Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

SE que nadie va a creerme. Usted, el que ahora lee esto, no puede creerlo. Hay algo que se lo impide. Siempre hay cosas así, que se lo impiden a uno. En el mundo, incluso en el mundo de hoy, con satélites artificiales sobre nosotros, con viajes a la Luna, con recepción de televisión mundial a través de los continentes, con todas las maravillas de nuestra Era, existen ideas preconcebidas que nos hacen dudar de todo lo insólito, lo inaudito, lo pasmoso.

Yo, sin embargo, les doy mi palabra de que todo es cierto. De que realmente SUCEDIO. De que, quizá, ESTA SUCEDIENDO 0 VOLVERA A SUCEDER. Todo es posible. Todo es posible cuando existe... «eso».

Cuando «eso» está entre nosotros... Es algo que yo sé. «Algo» que yo vi... Ojalá aún sea tiempo. Ojalá este aviso no llegue tarde.

Porque, en realidad, ese «algo» está aquí. Junto a mí... JUNTO A USTED.

Sí, lector. Tiemble cuando lea estas líneas. Y si no tiene valor... arroje el libro lejos de sí. No siga adelante porque leerme a mí, es tal vez sentenciarse a muerte.

¿Por qué?

Porque YO SE ¡YO SE DEMASIADO! Y «eso» lo sabe. Si usted no cree mi relato, nada va a sucederle. No le atacaré. «Eso» es demasiado listo... No comete errores. Pero si cree en lo que va a leer, si mira en torno suyo, SOSPECHANDO «su» presencia, entonces. ¡ESTA PERDIDO! Por favor, lea esto. Pero no me crea... ¡NO ME CREA, SI QUIERE VIVIR!

(Doctor MARCEL BERNARD. París, 2010).

CAPITULO 1

ELLA Y EL

— No has cambiado de idea, Denise?

— No, Marcel. Vamos a separarnos. Definitivamente.

—¿Por qué, Denise? He apurado contigo todas las razones para oponerme a eso.

—Y ninguna me ha convencido. Lo siento, Marcel, pero creo que es lo mejor para los dos.

—Denise, yo aún te quiero. Deseo seguir siendo tu esposo.

—Pero yo no quiero ser tu mujer. Esa es la diferencia. ¿Te basta?

—Creo que me sobra, en realidad —inclinó la cabeza, con una honda inspiración—. ¿Estás totalmente resuelta?

—Totalmente.

—Bien. Las vacaciones ya han terminado. Y no sirvieron de nada.

—Te acompañé para que no dijeses que ponía dificultades a una reconciliación. Ya has visto que no es posible.

—Sólo he visto que has vivido apartada de mí, encerrada en tu alcoba, que siempre has ido sola de excursión por la isla. Y nada más.

—¡No es suficiente?

—No. ¿Por qué no has querido darme una oportunidad? Una de verdad, no solamente acompañarme, por el simple hecho de quedar bien ante los demás, de darles a entender que por ti no quedó y que, a pesar de eso, no era posible. ¿Amas a otro?

—Tal vez. —Ella inclinó la cabeza, apretando los labios—. Tal vez, Marcel...

—Está bien. No te pregunto más. Sólo esto; ¿no te he hecho feliz?

—Sinceramente... no. No, Marcel. Tú vives para tu profesión. Tu carrera, tu ambición como médico y todo eso. Tus bellas enfermeras, tu inteligente colaboradora, la doctora Duprez... Tus horas perdidas en el hospital, tus noches y noches sin volver a casa a cenar, sin llevarme a ninguna parte... Tu regreso, para dormir dos o tres horas, cuanto más, y cuando yo ya estoy profundamente dormida. Cuando te levantas, ni siquiera te veo. Y así otro día. O dos, o tres... o cien. No sé, Marcel —se pasó una mano trémula por sus cabellos de color miel —. No sé qué decirte, pero no he sido feliz. Y quizá tú no tengas la culpa. En tus ausencias, ha habido alguien que me ha acompañado aquí, allá...

—¿El elegante Pierre Brossard?

—Sí. Sin ironías, Marcel. Pierre ha sido un buen amigo, un gran camarada. En ningún momento se ha esforzado en cortejarme o enamorarme.

—Claro. Es demasiado sutil para eso. Tiene métodos más astutos y lentos... pero de más seguro efecto. Tú no eres de las mujeres que responderían a un galanteador habitual ni a un profesional del amor. Y


resultas demasiado buen bocado para dejarte escapar.

—¡Marcel! ¿Qué quieres decir con eso?

—Denise, tú lo sabes. Eres rica, muy rica.

—Poco ha sido lo que tú lo has notado. Quise montarte una clínica privada varias veces, quise que espaciaras tu trabajo, que dejases de ser un auxiliar de hospital para convertirte en director de tu propio establecimiento. ¿Y qué hiciste? Negarte, fingir que no oías. Has seguido trabajando, trabajando... Has pagado las facturas de mis gastos o caprichos, has hecho que me devolvieran varios cheques con los que yo pagué mis propias cosas. Ya ni siquiera admiten mi dinero. Tú pagas, tú pides crédito y abonas mis gastos. ¿Por qué, Marcel? ¿Por qué? ¡Soy rica, tengo una fortuna en el banco! Estoy forrada en oro... y no me sirve de nada. ¡Todo lo compras tú, tú me gobiernas, me exiges que no toque un solo franco, no aceptas jamás una cantidad mía! ¡Y soy tu esposa!

Casi iba a llorar. Los ojos le brillaban, sus graciosas fosas nasales, la boca, roja y carnosa, se movía nerviosamente. Palpitaba su pecho bajo la blusa azul celeste.

Marcel sonrió. Giró el volante y enfiló la recta final de la autopista hacia París. Se limitó a decir:

—Ahí tienes la explicación, Denise; en tus propias palabras. Soy tu esposo. No admito dinero tuyo. Se supone que soy yo quien ha de ganar el dinero que se gaste en casa.

—¿Matándote a trabajar, pasando horas y horas visitando enfermos, operando casos fuera de tu trabajo, para ganar unos francos más?

—Justamente. Por todo eso, Denise, y porque soy médico. Y quiero ser algo más que auxiliar del doctor Noel... pero a costa mía. Y con mi esfuerzo; no con tu apoyo financiero.

Denise inclinó la cabeza y la apoyó en un brazo con desesperación.

—Es inútil —musitó—. Nunca te entenderé. Nunca, Marcel... Es mejor que cuanto antes sigamos nuestro propio camino. Será mejor para ti, para tu carrera.

—No lo creo, Denise. Ni tú puedes creerlo tampoco.

—Creo que seré feliz con Pierre. Nos compenetramos mejor. El es... distinto. Lo siento, Marcel. No hay remedio para lo nuestro.

—Creo que tienes razón. Al parecer, no hay remedio...

Inclinó la cabeza sobre el volante de su «Citroen» a turbina. Aceleró en dirección a la capital, cuyas luces eran un mar de color y centelleos en la noche.

* * *

—Me alegra verle de nuevo, doctor Bernard.

—Y a mí, doctora Duprez. De veras la he echado de menos en estos días.

—Bueno, esa frase, habiendo pasado sus vacaciones en compañía de su esposa, es todo un halago para mí —rió la doctora.

—No lo decía en ese sentido, doctora, y usted lo sabe —rió el joven doctor Marcel Bernard—. Lo cierto es que he sido muy feliz con Denise. Ahora vuelvo a la tarea, a lo de cada día. El descanso ha terminado.

—Ya lo entendí así, doctor —sonrió la doctora Duprez, con un centelleo en sus ojos color ámbar—. Sé lo bonita que es su esposa y lo mucho que usted la ama. En realidad, creo que sólo existen dos motivos en su vida; su profesión y su mujer.

Marcel no respondió inmediatamente. Pero su mirada, resbalando sobre las vidrieras esmeriladas y los paneles blancos, asépticos, de la clínica del doctor Noel, en el «bulevard» Lefévre, no lejos de los edificios de los Hospitales de Saint Joseph y Broussais, tuvo una sombra incierta, borrosa, pesimista. Luego, manifestó con lentitud:

—Ella no opina igual, doctora. Cree que solamente existe la profesión en mi vida. Y que lo demás, ella incluida, no significan nada...

—Pero, doctor, eso no es cierto —se sorprendió la doctora Duprez—. Todos sabemos aquí lo que...

—Sí, lo sabe usted. Lo sabe el doctor Noel, lo saben los enfermeros Leduc y Chaiclair. Pero mi mujer no lo sabe. Ni lo creería, que aún es peor.

—Entiendo. —La doctora Duprez inclinó la cabeza—. En ese caso, los chismorreos y las gacetillas de los ecos sociales, son ciertos. Y «madame» Bernard prefiere al joven y guapo deportista, vividor especializado en explotar mujeres ricas, llamado Pierre Brossard.

—Algo así. No puedo hacer nada —suspiró Marcel—. Yo soy el monstruo, y Brossard el héroe.

—¿Cuánto durará eso, después de todo?

—No lo sé. Tal vez poco tiempo. Pero lo suficiente para malograr mi matrimonio y terminar con él. Sin embargo, yo no culpo a Brossard, sino a ella, a Denise. ¡La muy necia, va a caer en la trampa sin imaginarlo siquiera!

La doctora no contestó. Algo le impidió hacerlo. Tras ellos, en el muro, un zumbador sonó, al tiempo que aparecía una luz intermitente en un

indicador rojo. Marcel conocía bien aquel sonido, aquel parpadeo rojo. La llamada al trabajo. Ya estaba en servicio. Detrás quedaban las vacaciones, el recuerdo de Denise, todo lo que no se relacionaba con su profesión, con las blancas batas, el olor a desinfectantes y el clima de la clínica.

—Nos requieren en el quirófano seis, doctor Bernard —dijo ella escuetamente, volviendo a su impersonal tono frío de siempre—, ¿cree que está en condiciones de...?

—Eso no se pregunta, doctora Duprez. Estoy listo. Vamos allá.

El doctor Bernard había vuelto a la clínica. A pesar de todo, había vuelto.

* * *

Se quitó los guantes con lentitud. Inclinó la cabeza y contempló su rostro cansado en el vidrio de la mesa donde reposaba el instrumental quirúrgico.

—No pudo ser —dijo con voz ronca—. Ya estaba muerto antes de entrar en el quirófano.

—Claro, doctor Bernard. Todos sabemos eso. —Quitándose la máscara aséptica, la doctora Annette Duprez sonreía levemente—. Era un caso desesperado. Ni usted ni nadie le hubieran devuelto la vida.

Otro médico había echado ya la sábana sobre el rostro del hombre operado, del hombre muerto.

—No sé... —murmuró Marcel, moviendo la cabeza—. A pesar de todo, creí que podía salvarse. Operé convencido de ello. Pero había algo. Algo con lo que no conté. Tenía el cerebro destrozado, materialmente podrido. No se podía hacer nada...

—Vamos, vamos, doctor. —La doctora Duprez le acompañó hasta salir del quirófano, de sus luces, de sus cromados lívidos y fríos, de su olor a sangre, a antisépticos, a anestésicos y a muerte.

Las puertas blancas y niqueladas oscilaron tras ellos. Del quirófano, sólo quedó en la retina de Bernard la luz violenta, blanca, escapando por los circulares orificios encristalados de la puerta.

Después, también eso quedó atrás. La doctora le llevó hasta un gabinete, le abrió el grifo del lavabo, blanco y brillante, para que el doctor se lavara las manos ante el espejo, que le devolvió una cansada y triste imagen de sí mismo, un rostro pálido y ojeroso.

—Me pregunto de qué me sirvieron las vacaciones —musitó roncamente —. Estoy peor que antes.

—Quizá en realidad descansó poco durante esos días —sonrió la doctora Duprez, comprensiva—. Pero eso no influyó en la intervención. Yo le observé. Su mano era la de siempre. Segura, firme, experta. Sólo que ese hombre... no tenía remedio.

—No, no tenía remedio —Bernard frunció el ceño, perplejo—. ¿Fue realmente un accidente?

—Sí. Un coche a turbina le atropelló en el «bulevard» de Montparnasse. Todo fue accidental. ¿Por qué lo pregunta, doctor?

—Porque ese hombre, además de tener dañado el cráneo por el atropello... estaba enfermo. Muy enfermo...

—¿Acaso meningitis? ¿Cáncer cerebral?

—No sé... —Marcel se secó las manos; luego se encaminó a un escritorio, llenó rápidamente una hoja de bloc con rápida escritura ilegible. Arrancó el papel y se lo tendió a la doctora—. ¿Quiere entregar esto al jefe de laboratorio? Me interesaría que analizaran muestras del cerebro de ese infeliz, antes de devolver el cuerpo a la familia...

—Sí, doctor. Siempre se hace la ficha clínica; usted lo sabe, de todo el que es intervenido en este Centro. Pero, en este caso, se hará más minuciosamente, puesto que usted lo solicita.

—Gracias, doctora... —Se pasó la mano nerviosamente por la cabeza—. Me siento fatigado, doctora Duprez. De veras lo siento. Me voy a casa. Mañana vendré con las ideas más claras.

—Sí, doctor. Creo que es lo mejor que puede hacer. Sus vacaciones no han resultado lo felices que esperaba. Es posible que necesite otras, si su esposa insiste en la separación.

—Claro que insistirá —suspiró Marcel—. Lo sé muy bien. Denise es de las mujeres que toman las decisiones después de meditarlo mucho. Lo ha meditado a fondo. Sabe lo que va a hacer. De modo que no hay solución. Como usted dice, necesitaré quizá otras vacaciones. O abandonar la profesión durante unos años.

—Por favor, no diga eso. No sería justo. Tiene que sobreponerse, olvidar. Piense que su carrera está por encima de todo. Incluso de su afecto, de su corazón, de la mujer amada...

Marcel movió la cabeza despacio. Se encaminó a la salida, desabotonando su bata, blanca y aséptica. Detrás de él, unas ruedas de goma rodaron silenciosamente por el corredor. Pero Marcel sabía percibir su casi inapreciable chirrido sobre el embaldosado del hospital. La camilla con un cadáver. Un hombre que entró en el quirófano en estado comatoso y que ahora salía muerto...

Se preguntó si realmente tenía razón, si el cráneo del enfermo estaba tan mal... o si era él quien no estaba en condiciones de operar, de volver a los quirófanos. Si era un ser instrumento de muerte, en vez de un ser capaz de aliviar el dolor y salvar vidas ajenas.

CAPITULO 2

HORAS FUNEBRES

MARCEL Bernard se había vestido ya para salir, cuando se encontró con los parientes del hombre muerto. Habían sido llamados al hospital, como era norma en el establecimiento sanitario. Eran dos; un hombre y una mujer, humildemente vestidos de oscuro. Callados, taciturnos, como acostumbraban a estarlo todos en trances así.

Bernard les dirigió una mirada de circunstancias. Era un hombre habituado a encararse con el dolor, con el luto, con la angustia contenida de situaciones semejantes.

No le sorprendió la mirada fría de los dos, su hermetismo hosco, distante. Su propio andar era mecánico, helado, igual que la expresión de sus ojos secos, sin lágrimas, graves y sombríos, singularmente fijos en el vacío, en ese vacío en el que todo el que ha perdido a un ser querido parece buscar a alguien o algo.

Estaban en la antesala de los consultorios, sentados en un banco largo, en el local blanco, aséptico, bañado en luz blanca y azulada, fría como los dos personajes allí acurrucados. Miraron en silencio al doctor Bernard cuando éste pasó frente a ellos, camino de la puerta. El joven doctor se estremeció y rehuyó la mirada. Era como sentirse culpable. Culpable de algo.

—Buenas noches —dijo el hombre, tímidamente.

—Buenas —repitió a medias la mujer, como un eco.

Tenían la voz tan fría e impersonal como todo su aspecto. Bernard sintió una infinita tristeza, una compasión sin límites por ellos.

Se detuvo, ya con una mano en la puerta. Les miró. Y ellos a él.

—¿Ya saben...? —inquirió.

—Sí —asintió el hombre, rodeando los hombros de la mujer con un brazo—. Ya nos han informado.

—¿Era su... su...?

—Hijo, sí —asintió el hombre roncamente. Bajó la cabeza.

—Lo supuse. Era joven. Muy joven...

—Sí, muy joven... Estas cosas ocurren así...

La mujer se inclinó sobre el pecho del hombre. Sollozó, sin volver la cara. El siguió con los ojos secos. Fija su mirada hermética y distante en el médico. Como si éste fuera un objeto más en el lugar blanco, con olor a desinfectantes, con blancura glacial y deprimente.

—Lo siento —musitó Bernard—. De veras lo siento. Pero, si puede servirles de consuelo, sepan que se hizo todo lo posible. Nadie podía salvarle ya...

El hombre asintió despacio, muy despacio, con sus ojos secos clavados en Marcel.

—Lo sabemos, estamos seguros. Confiamos en la medicina, en ustedes. No podía hacerse nada. Es difícil admitirlo, pero sé que era así.

—Algo más aún —Marcel se paró, ya a punto de salir, por segunda vez —.No fue sólo el accidente, señor.

—¿No?

—No... Al abrir su cráneo herido por el choque con el turbomóvil... descubrimos algo peor.

—¿Qué era, doctor?

—Un tumor. Una enfermedad cerebral...

—Dios mío. —El hombre se humedeció los labios. Seguía sin llorar—. ¿Cáncer?

—No sé... Todavía no sabemos nada. Algo parecido. Una floración virulenta, un tumor que cubría su encéfalo. De no haber sufrido el atropello, hubiera muerto en poco tiempo. Unos meses, todo lo más...

La mujer seguía sollozando. Marcel Bernard salió de la clínica. Los secos ojos sin llanto del padre le siguieron en silencio, en un patético y helado silencio, que congelaba la sangre en las venas de Marcel.

Cuando se sentó al volante de su «Citroen» a turbinas, aparcado frente al hospital, tuvo la impresión de que los dos le miraban. Y de que, pese a sus sollozos, los ojos de la madre estaban secos y apagados como los del hombre.

Pero eso no podía ser. El la había oído llorar. El sabía lo que una madre siente ante un hijo muerto. Un padre soporta más. Una mujer no sabe ser fuerte. No puede serlo cuando pierde una parte de su vida.

Se alejó. El «Citroen» a turbinas hendió la noche luminosa de París. Era como ir hacia la vida. Como dejar la muerte atrás, en el hospital blanco y frío como una tumba.

Sí, sin duda estaba cansado. Muy cansado. El nunca había pensado así, después de todo.

Las vacaciones no habían servido de nada. Pediría excusas al doctor Noel. Y diría a Denise que se iba de nuevo. Pero esta vez solo. Solo...

* * *

Denise no estaba en casa.

Cuando lo comprobó, supo que tampoco había esperado que estuviera. En algún lugar de París se hallaba Pierre Brossard, el cazadotes guapo, arrogante, deportista. Denise no haría nada que faltara a su dignidad de mujer, pero visitaría a su futuro marido. Resultaba inevitable.

Marcel se sirvió coñac de una botella. Calentó la copa con las manos, camino de la terraza asomada al «Bulevard des I taliens» y la Opera.

Se dejó caer en su asiento oscilante, bajo la cornisa de la terraza. Contempló París en la noche. El París del 2010. Moderno, alegre, radiante. Al frente de la vieja Europa y de la nueva América. Incluso de la novísima Africa, con su Federación Continental de Estados Africanos.

París siempre era París. Aun con la Luna ocupada por cosmonautas que levantaban cosmodromos, una ciudad y unos talleres, de cara a la posterior conquista del Sistema Solar. En el espacio, rusos y americanos, que antes habían luchado por la supremacía, ahora estaban unidos en el común logro científico.

Y, abajo, París, París, que no se inmutaba por nada, que seguía siendo la capital del mundo. Doce millones de habitantes, vehículos a turbina, calefacción o refrigeración en las calles, según la época del año. Televisión mundial, cinescopios inmensos, el mundo en progreso creciente... Y París, siempre París.

Marcel suspiró. Sorbió el coñac aromático, cálido suave. ¿Cómo podía ser de repente París una ciudad vacía para él? ¿Significaba tanto Denise? Indudablemente sí.

Pensó en la doctora Duprez. Annette Duprez. Hermosa, joven, inteligente. Quizá ella le ayudaría a olvidar, a sentir de nuevo la felicidad. Quizá...

Volvió al interior del piso. Dejó la copa de coñac y tomó el teléfono. Era una tontería hacerlo. Pero, aun así, lo hizo. Llamó al Club, a la residencia de los Remi, sus amigos. No. Denise no estaba allí.

No quiso llamar a Brossard. Tuvo la tentación, pero no quiso hacerlo. No

quería que el arrogante deportista se burlara de él.

Empezó a aflojar la corbata para acostarse. Su mirada fue inevitablemente, a las publicaciones médicas que se acumulaban sobre la mesita de centro del gabinete. Una le atrajo inmediatamente. Un titular llamativo aparecía junto al dibujo de un cráneo humano: *«Nuevas dolencias cerebrales. La vacuna cancerosa, no del todo probable su eficacia, inútil ante otra especie de tumores del cerebro.»*

Sabía todo eso. Pero su referencia impresa le trajo a la mente un hombre joven, muerto sobre una mesa de operaciones. Unos padres desolados sin llanto, un hospital como una tumba...

Sintió frío. Había un modo de olvidar a Denise. Un modo que no era el sueño; el trabajo.

Se ajustó de nuevo la corbata. Dejó la copa de coñac a medias. Y abandonó el apartamento.

* * *

—¿Otra vez aquí, doctor Bernard?

—Sí, Philip —asintió Marcel, sonriendo cansadamente al encargado de noche de los laboratorios de análisis—. No podía dormir. Y quise venir a trabajar un poco, para no sentirme más nervioso.

—Bueno, doctor. Usted sabrá lo que más le conviene —rió Philip huecamente. Luego, movió la cabeza con aire pesimista—. Creo... creo que las cosas fueron mal para el joven atropellado, ¿verdad?

—Sí, todo lo mal que podían ir, Philip. Mal principio de temporada el mío.

—Es la única defunción registrada hoy en el hospital, doctor. Pero no hay que sorprenderse mucho. Entró con el diagnóstico de «gravísimo». Su estado era desesperado, usted lo sabe.

—Sí, yo lo sé —Marcel se ajustó la blusa blanca de trabajo—. Por cierto, Philip, ¿recibió una nota mía, en la que les pedía que, además de la autopsia y todo lo legal, extrajeran partículas del cerebro del muerto, para analizarlas detenidamente?

—En efecto —asintió Philip—. Y se cumplió el encargo, doctor. Ahí, en la vitrina de análisis pendientes, encontrará lo de su hombre... Mañana se analizará.

Marcel avanzó, se inclinó hacia el cristal que le separaba de los estantes

donde unos frascos que contenían diversas sustancias del cuerpo humano aguardaban su turno de análisis. Vio un frasco pequeño, bien cerrado. Leyó la etiqueta:

«PIERRE MICHEL. La Villete, 164. Análisis masa encefálica. MUERTO.»

—Me gustaría saber ya lo que hay dentro de ese cerebro enfermo —comentó roncamente Marcel.

—Podría ocuparme yo de eso, doctor —apuntó Philip—. Pero me llevará algún tiempo. Un par de horas, al menos. A veces, el análisis normal no basta, y ha de realizarse con el microscopio electrónico para comprobar la naturaleza del virus.

—En ese caso, será mejor esperar a mañana. Gracias Philip. No creo que sea tan urgente. Después de todo, no nos es posible devolver la vida al paciente. Voy arriba, por si hay algún problema.

—Muy bien, doctor. Pero hágame caso: no esté demasiado tiempo por aquí. Vaya a descansar en cuanto pueda. Ya es muy tarde.

—Sí, gracias...

Abandonó los laboratorios. Un ascensor le llevó a la planta alta, donde los enfermeros de guardia le saludaron al reconocerle. Marcel llegó a la sección quirúrgica de la doctora Duprez.

—Buenas noches, doctor Bernard. ¿Qué hace usted por aquí? —se interesó la doctora Renaud, gruesa y saludable, que se hallaba de guardia—. Creí que ya estaba descansando...

—Debería estar descansando —sonrió Bernard. Miró en horno—. La doctora Duprez se marchó ya, ¿verdad?

—Oh, por supuesto —asintió la doctora Renaud—. Ella no podía hacer ya gran cosa. El paciente víctima del accidente falleció en el quirófano. La doctora terminó su turno y se fue a su casa.

—Oh, gracias —murmuró Marcel—. Esperaba haberla visto. El caso de ese accidentado me tiene en una auténtica obsesión. ¿Se lo llevaron ya?

—Sí, doctor. Está en el depósito, esperando la autopsia. Se hará mañana temprano, y será enviado a su domicilio para las honras fúnebres y todo eso.

—Entiendo. Entonces, mañana sabremos lo que realmente tenía el herido, aparte de las lesiones del accidente. Le confieso que me siento perplejo sobre ello.

—¿Y eso le quita el sueño? —la doctora sonrió—. Vamos, doctor, será mejor que se vaya a casa. Aquí, no hay nada que hacer. Todo está normal.

Bernard respiró con fuerza. Le irritaba que todos dijeran lo mismo. Aunque quizá ellos tenían razón. Toda la razón. Debía volver a casa.

—Creo que es lo que haré... —dijo entre dientes, encaminándose de nuevo a la salida del gabinete de recepción.

Entonces le detuvo la voz de la doctora.

—¡Ah, un momento, doctor! —avisó—. Ahora que hablamos de ese pobre muchacho, he recordado algo. El doctor Noel me dijo que lo guardara aquí, para entregarlo mañana a mi relevo. Es un objeto del muerto.

—¿Un objeto? —Bernard se volvió vivamente, estudiando con expresión sorprendida a la doctora—. ¿Qué clase de objeto?

—Oh, nada de especial valor. De valor material, quiero decir. Pero sí es una de esas cosas que los familiares desean conservar siempre. Cuanto llevaba encima el difunto se entregó a sus padres. Pero en la cama donde se le hospitalizó al llegar, quedó el objeto en cuestión. Mírelo, doctor.

Marcel se acercó y lo contempló atentamente. Para ello no vaciló en tomarlo de manos de la doctora Renaud para estudiarlo más de cerca, mientras le daba vueltas entre sus dedos.

Era un reloj de pulsera de acero, con el cristal roto y el mecanismo parado. Una de sus agujas se había partido por la mitad. No funcionaba y quizá no funcionaría jamás.

Pero en la tapa posterior llevaba una inscripción: «A Pierre, de su madre. París, 2007.»

La tapa cayó por sí sola cuando Marcel hizo girar el reloj. Vio un retrato esmaltado, adosado a la tapa de acero inoxidable. Era la misma mujer, enjuta y grave, que viera horas antes esperando el cadáver del hijo. Los ojos le parecieron algo más brillantes, más vivos. Esa era toda la diferencia.

—Entiendo —suspiró. Cerró de nuevo el inútil reloj—. Sí, creo que les gustará tenerlo.

—Se rompió la correa en el accidente. Se lo daremos mañana.

—Yo iré a casa de los Michel mañana —dijo el médico—. ¿Quiere que se lo entregue?

—Oh, eso será mejor —asintió la doctora—. Le ha afectado mucho el caso, ¿eh, doctor?

—Sí, mucho. Y me pregunto por qué —dijo Marcel pensativamente. Guardó el reloj y encaminose a la salida.

* * *

Denise ya dormía en su alcoba cuando Marcel volvió a casa.

No la despertó; se acostó en otra alcoba. Al día siguiente tampoco hizo ruido al levantarse. Salió de casa a las ocho.

Un día cálido, pero nublado y gris, había amanecido sobre la ciudad. París no le resultó tan radiante ni feliz como la noche anterior.

Tomó su turbomóvil, después de dejar una nota a Denise, en el living:

«No me esperes a comer. Y, posiblemente, tampoco a cenar.»

Cuando se detuvo frente a la casa número 1164 de La Villete se apoyó en el volante semicircular, y esperó. Una ambulancia del hospital se alejaba del edificio. El cuerpo del joven Michel yacía ya en casa de sus padres, esperando la hora del entierro.

Marcel Bernard esperó aún un poco más. Algo más tarde, vio salir a los amigos y vecinos, con expresión abatida, con la peculiar impresión de los que asisten a un acto penoso y difícil.

No salió nadie más. Marcel abandonó su «Citroen» a turbinas y avanzó hacia la casa. Había al lado un establecimiento para la venta de productos alimenticios. Entró. Preguntó dónde estaba el teléfono, que le fue señalado; estaba en una cabina al fondo del local. Marcel acudió allá y marcó el número del hospital.

Cuando se pusieron al aparato, pidió la sección de la doctora Duprez. Ella se puso y preguntó:

—¿Quién llama? Aquí, hospital del doctor Noel. Doctora Duprez al habla, del departamento quirúrgico.

—Soy Marcel Bernard, doctora Duprez.

—¡Doctor Bernard! ¿Qué desea?

—Datos sobre la autopsia de Pierre Michel.

—Espere, doctor. Tengo aquí un informe para usted. Se lo leeré: «Pierre Michel, muerto por lesiones craneanas sufridas en accidente de turbomóvil. Falleció durante la intervención quirúrgica, por deficiente funcionamiento cerebral y cardíaco. Indicios de dolencia cerebral crónica. Al parecer un tumor de naturaleza desconocida, que le invadía la totalidad de la masa encefálica». Eso es todo, doctor Bernard.

—¿Todo? —Marcel se mordió el labio inferior nerviosamente—. Gracias, doctora. Déme línea con los laboratorios de análisis, por favor. Es urgente.

Se la dieron. Marcel interrogó al que se puso:

—Oiga, soy el doctor Bernard. Encargué anoche a Philip el análisis de fragmentos encefálicos de Pierre Michel. ¿Qué resultado dio ese análisis urgente?

—Espere, doctor Bernard —informó escuetamente la voz del encargado diurno de laboratorios. Y tras una pausa, añadió—: Tengo un informe para usted. ¿Se lo leo?

—Sí, por favor.

—El informe dice esto: «Cerebro de Pierre Michel. Saturado de órganos infecciosos o virus de origen y naturaleza totalmente desconocidos, pero indudablemente vivos y virulentos, que materialmente parecen engullir el cerebro enfermo. Una especie ignorada de cáncer, o de tumor canceroso, todavía desconocido en el mundo. Seguirán nuevos informes clínicos, de ulteriores análisis electrónicos, ya que el virus se resiste al examen normal, así como a toda reacción química, al igual que las bacterias o microbios que forman un tumor canceroso.» ¿Satisfecho, doctor?

—Sí, gracias.

Marcel colgó el aparato. Sus ojos sombríos se fijaron en la casa número 164 de La Villete. Un hombre joven había muerto, arrollado por uno de los veloces vehículos a turbinas del año 2010. Pero había algo más en aquella muerte; el hombre que fue su víctima hubiera muerto igualmente, consumido por aquel tumor cerebral, por aquel virus terrible, que él descubrió al practicar su operación en el herido.

Salió de la tienda. Cruzó la calle, subió los tres escalones que conducían a la puerta numerada con el 164. Llamó.

Nadie le respondió. Marcel iba a probar de nuevo cuando, a su presión, la puerta cedió. Marcel adentróse en la casa. Habitaciones con luz velada, sombras y silencio. Era todo lo que había allí.

Era un edificio amplio, de estilo pasado de moda, pero suntuoso y cuidado. A través de las rendijas de unas persianas descubrió una especie de huerto o jardín posterior, rodeado de altos muros de ladrillo que aislaban y cercaban el lugar.

Marcel avanzó con el reloj de acero de Pierre Michel en su mano, para entregarlo a los padres cuando apareciesen. Luego los haría preguntas, se orientaría sobre los síntomas y apariencias de la extraña dolencia mental del muchacho muerto.

Marcel llamó con voz apagada, respetuosa:

- ¡Señor Michell ¡Señor Michel, por favor!
- Nadie le contestó. El joven médico continuó adelante. Tropezó con una silla, y estuvo a punto de caer, pero se rehízo.

Era raro que nadie acudiera a atenderle, que nadie oyera su entrada en la casa. El lugar olía a cerrado, a abandonado, a muerto. La muerte no estaba lejos, casi se respiraba en el ambiente.

Un aroma de cirios le llegó de súbito. El peculiar olor de una cámara mortuoria. Marcel vio frente a sí un gabinete desierto, en sombras. Y una cortina espesa, de terciopelo rojo granate, al fondo. Bajo la cortina fluía una estría de luz amarillenta.

Luz parpadeante, humosa. Luz de cirios, luz de difuntos...

Bernard se estremeció. Era raro. El, médico y cirujano, no temía a la muerte. Jamás la temió antes. La había combatido, como médico, sin sentir miedo hacia ella. Ahora, todo parecía muy diferente. La muerte estaba allí, tan cerca... Y tan singularmente llena de inquietudes, de factores extraños, desconocidos.

Marcel volvió a llamar:

—¡Eh, señor Michel! ¿Dónde están ustedes, por favor?

Escuchó. Nada. Silencio absoluto, quietud. Una calma rara, enervante, tensa, casi estremecedora.

Repitiose para sí, casi irritado:

«¿Por qué he de sentir miedo? MIEDO, *¿a qué?* O *¿a quién?*»

Era un temor grotesco, inverosímil. Detrás de la cortina sonaba algo. Sollozos acaso. No, no eran sollozos, rectificó. Sonaban de distinta forma. Eran como chasquidos, succiones, roces indescriptibles y tenues, difusos.

Aquellos sonidos eran raros, a Marcel casi le resultaron estremecedores, sin saber la razón concreta.

Avanzó unos pasos más. Levantó la cortina en silencio para enfrentarse con el cuadro fúnebre, doloroso. El ataúd, los cirios, la cámara con olor a cera y a muerte...

Y, en aquel lugar recogido, impresionante, ¡la más horrible, alucinante, increíble escena que el doctor Bernard podía esperar!

Un grito de horror escapó de sus labios. Dos rostros se volvieron hacia él, crispados y tremendos.

¡Los rostros de los padres de Fierre Michel... que soltaron el cuerpo de su hijo, el cual estaban devorando como horrendos caníbales, engullendo sus miembros con expresión demoníaca!

CAPITULO 3

¡EL HORROR!

PASARON segundos. Y los segundos parecieron siglos, después de presenciar el nauseabundo horror.

Luego Bernard comprobó que las cosas no eran lo que parecían.

No. No se comían a su hijo, como nuevos y alucinantes Saturnos. Pero la verdad era aún peor. Mucho peor.

Porque el cadáver... no era tal. No tenía nada de humano, salvo la piel, la envoltura puramente física. Bajo su epidermis, rígida y fría, era una materia gris, granulenta, una naturaleza gomosa y densa, que ellos succionaban como hubiera podido hacerlo una ventosa, absorbiéndola por sus bocas distendidas.

Al alucinado Bernard le pareció que la propia piel, el rostro del muerto, eran falsos, una tosca reproducción en cera o en plástico. Lo de dentro resultaba aterrador, porque jamás había visto nada parecido. Era como un horrible musgo grisáceo, granulado, que *imitaba* la estructura de un cuerpo, pero sin organismo, sin músculos, huesos, arterias, nervios ni nada normal, nada humano, nada lógico.

La escena de increíble canibalismo terminó. Cuando los padres de «aquello», fuese lo que fuese lo que yacía dentro del ataúd, se volvieron a Marce!, una malignidad, un odio horrible, sustituyó a su expresión de avidez de glotonería, que la noche antes en el hospital, fue de dolor, de angustia paterna, muy bien fingida, si realmente aquellos padres tenían algo en común con los que acudieron a informarse del estado del herido en el establecimiento sanitario.

—No debió entrar —dijo el «padre» lentamente, sin quitar sus ojos extraños, fríos, inquietantes, del rostro crispado de Bernard—. No debió VER... Ahora, doctor... ¡AHORA USTED TIENE QUE SER UNO DE NOSOTROS!

Marcel Bernard retrocedió instintivamente. El «padre» y la «madre» habían soltado al ser muerto, quebrado en fragmentos, hueco de materias humanas bajo su piel.

No, no podían ser humanos. Ni los «devoradores», ni la materia de apariencia normal que yacía en el ataúd. Aquella delirante escena, digna de un

maestro del horror, tenía que poseer una explicación, por diabólica que fuese.

Marcel Bernard no era cobarde. Pero temía, como cualquier hombre, a lo desconocido, a lo incomprensible. Y aquel «NOSOTROS» citado por el «padre» del herido en accidente de turbomóvil tenía algo de aterrador, de siniestro, de horrible.

«*Nosotros*»... ¿Qué podía significar? ¿Quiénes eran «*ellos*»? ¿Aquel horror viviente, la pareja voraz? ¿Aquel cadáver auténtico festín de los buitres humanos? ¿Aquella metamorfosis inaudita, asombrosa, que convertía el interior de un cuerpo humano en materia gris, en granos mohosos y hacinados?

Mientras retrocedía paso a paso hasta salir de la cámara mortuoria, Marcel Bernard iba recordando. Recordando cosas que se relacionaban directamente con lo que veía. Aquella floración, aquel raro tumor cerebral, sin identificar, aquella especie de atroz cáncer craneano, de igual aspecto a lo que era ahora TODO el interior del muerto.

La operación fallida, la autopsia misma, no dieron resultados anómalos. Seguía siendo —o pareciendo— un ser humano. Ahora, apenas era un remedo de eso. Incluso sus padres parecían humanos tan sólo en la apariencia. Aquella mirada dura, hiriente, cruel, aquellos movimientos lentos, de acecho, de acoso, eran pesados, vacilantes.

Movimientos como los de las arañas, cuando avanzan hacia la mosca aprisionada en sus hilos.

Bernard sintió la sacudida del escalofrío de horror que la situación alucinante provocaba en él. No dejó de moverse hacia atrás, siempre retrocediendo, dando la cara a la pareja infernal de devoradores de supuestos cuerpos humanos que no lo eran.

No quería pensar, no quería analizar ni examinar nada. Ahora sólo buscaba la fuga. Escapar de allí cuanto antes, huir de la escena delirante y bestial. Luego habría tiempo de otras cosas. De denunciar el horror, de investigar su naturaleza infrahumana, de llegar al fondo de la repulsiva cuestión.

Cuando se encontró en el gabinete, antesala de la cámara fúnebre, echó a correr abiertamente. Llegó a la puerta de salida de la casa, saltó al exterior, descendió los escalones y corrió hacia La Villete. Dejó atrás la vivienda de los Michel, el establecimiento desde donde había telefoneado.

Los vehículos pasaban junto a él, la gente se cruzaba por la amplia acera. A nadie paró el horrorizado médico. No creía conveniente denunciar aquello a cualquiera. No era fácil que le creyeran. El, personalmente, hubiera hecho recluir como enfermo mental a cualquiera que le hubiera dicho algo así.

Marcel giró la cabeza en dos ocasiones. Cosa rara; nadie le seguía. Los espantosos «Saturnos» no iban en pos de él, no pretendían detenerle. Quizá habían huido, quizá se resignaban a correr el riesgo, por miedo a complicarse en una persecución pública que podía perjudicarles a ellos más que al médico.

Jadeante, Bernard se detuvo en una esquina. Con alivio, descubrió el uniforme de un gendarme. El agente de la autoridad descubrió sus prisas y le miró curiosamente, Bernard se acercó a él. Informó escuetamente, con voz quebrada:

—Escuche, por favor. Vengo a denunciar un caso horrible... —y viendo la expresión del policía, movió la cabeza negativamente—. No, no me crea loco, por favor. Soy médico cirujano. Estoy en mis cabales, aunque no lo parezca cuando oiga lo que tengo que decirle. Escuche...

* * *

El gendarme, escuchó con paciencia y asombro reflejados en su rostro, el relato que Marcel hizo, escueto y conciso, pero sin omitir detalles horribles.

—Si no fuera usted un médico, creería realmente que hablo con un demente —observó con voz grave el policía—. Vamos allá. Investigaremos eso, doctor Bernard.

Los dos hombres se encaminaron ahora de regreso a la vivienda de los Michel en La Villete. Una profunda preocupación ensombrecía el rostro del gendarme, que andaba con enérgicos pasos junto a Marcel.

—¿Está seguro de que vio bien los acontecimientos, doctor? —indagó el gendarme, ya ante la casa.

—Tan seguro como de que le veo a usted ahora —afirmó Bernard —. No había error. Y conste que yo soy el primer sorprendido y horrorizado, agente. Llegué a dudar de mi propia facultad mental, cuando me vi ante... ante aquello...

—Sí, lo creo —suspiró el policía—. Vamos ya.

Llegaron a la puerta de entrada. Seguía entreabierta, como antes. Marcel Bernard miró receloso al gendarme. Este había desenfundado su pistola y se adelantó en busca de lo que pudiera esperarles allí dentro.

Entraron sin llamar. La casa ofrecía el mismo aspecto silencioso y triste de antes. El aire seguía oliendo a cera quemada, a muerte...

Bernard se estremeció, pero siguiendo al gendarme resueltamente, hacia el interior.

Llegaron al gabinete. El olor a cera era más intenso. La cortina se ofrecía ante él. Y de nuevo, con ella, los sonidos raros. Los roces, las succiones...

Aguzó el oído. No. No eran succiones ahora. Sonaban a sollozos, a llanto. Cambió una mirada con el gendarme, que enarcó las cejas.

—Pues parece que siguen ahí —dijo glacialmente el policía—. ¿Preparado?

—Sí, estoy listo —asintió Marcel.

Avanzaron. El gendarme alzó la cortina. Se encararon con la escena.

El ataúd, las velas, los padres... y el cadáver del hijo en su lugar. Rígido, intacto, natural por completo. Ellos lloraban, con los rostros ocultos entre sus manos, gimiendo ante el muerto. Todo parecía perfectamente normal.

Ellos le miraron con estupor. Alzaron sus ojos, miraron a Marcel y al gendarme como si fueran seres de otro mundo, súbitamente aparecidos ante ellos.

—¿Eh? —indagó el padre—. ¿Qué significa esto? ¡Doctor Bernard, usted es el que asistió a mi hijo! ¿No es cierto?

Marcel atajó, abrupto:

—Dejémonos de historias, señor. Agente, compruebe la naturaleza de este cadáver. Examínelo, por favor.

Marcel había llegado al ataúd y aferró con ambas manos las piernas, brazos y torso del muerto.

Esperaba hallar aquella materia blanda, la gomosa tirandez falsa de la piel, cediendo blandamente, como cera, a su presión. Tal y como viera que sucedía antes, en el horroroso festín.

Lanzó un grito de estupor, mientras el gendarme iba directamente hacia él. El joven médico soltó el cadáver y su voz expresó elocuentemente su asombro, su incredulidad.

—¡Cielos! ¿Qué sucede aquí? ¡Agente, ese hombre... ESE HOMBRE MUERTO ES PERFECTAMENTE NORMAL!

—¿Eh?

—¡He tocado sus huesos, su carne rígida! ¡Ese muerto NO ES el que antes había aquí!

—¿Se ha vuelto loco, doctor? —chilló el padre—. ¡Ese es mi hijo! ¡Usted mismo le operó, usted tiene que reconocerle! ¿Qué malditas tonterías está diciendo?

Marcel Bernard se inclinó de nuevo sobre el muerto, rozó su epidermis,

comprobó sus facciones, las costuras de la autopsia.

Lívido, alucinado, se incorporó, mirando con estupor al gendarme.

—No... no lo entiendo... —confesó roncamente— . Es él... Es un cuerpo humano, sin vida, normal y corriente... Dios mío, lo OTRO existió, no fue cosa de mi imaginación. ¿Qué ha sido de ELLO?

El gendarme, con expresión acusadora, escéptica, no le contestó. Pero era evidente, desde luego, que no podía creer nada de aquello. Y que su apoyo al doctor Bernard había terminado prácticamente allí mismo.

* * *

—Lo lamento muy de veras, doctor Bernard. La queja ha llegado a nosotros y, la verdad, nunca creí que usted pudiera ser capaz de algo parecido.

Marcel Bernard no respondió. Estaba mirando fijamente al doctor Noel, director—propietario de la clínica de su nombre. Era su jefe. Su jefe, desde hacía años. Para él el doctor Noel siempre había sido amable, comprensivo, elogioso. Y para Noel, Bernard había sido en todo instante uno de los mejores médicos de su cuadro profesional.

Ahora, con la denuncia de los Michel, la confirmación del gendarme y todo aquello, la situación entre ambos médicos, superior y subordinado, era más bien incómoda. Noel no quería mostrarse duro. Pero lo cierto es que no comprendía lo hecho por su médico y, sin querer, manifestaba claramente su desabrido malhumor por el error cometido.

—¿No va a defenderse, doctor Bernard? —preguntó el director de la clínica—. Expóngame una justificación, algo que decir a esa pobre gente que, encima de perder a su hijo, han tenido la dolorosa impresión de sus extrañas acusaciones, doctor. Yo le comprendo, amigo mío, sé que debe sentirse cansado, agobiado por sus problemas íntimos, que ya conozco, y quizá sea preferible, que se tome un descanso mayor, un auténtico descanso, sin preocupaciones hogareñas, para que vuelva a ser el que todos apreciamos y deseamos.

Bernard no replicó de momento. Se mantuvo silencioso, con la cabeza baja ante el doctor Noel. Este respiró con fuerza, sintiéndose cada vez más violento.

—Amigo mío, compréndalo —manifestó por fin—. No es ningún reproche ni siquiera filípica la que quiero formularle con esto. Simplemente, he querido hablar con usted, cambiar impresiones. Lo ocurrido es penoso para todos. Y particularmente extraño para mí. De haber sido otra cosa... Pero

¿cómo se le ocurrió la idea de que...? ¡Oh, si resulta monstruoso incluso citarlo!

—Exacto, doctor. Monstruoso. Así era. Y yo lo vi —declaró escuetamente Bernard—. Puede despedirme de la clínica, doctor. Pero no cambiaré mi punto de vista. Aquello SUCEDIO. Yo lo presencié. Clara, nítidamente. No pude imaginarlo. Usted sabe que eso no es posible.

—No es posible... a menos que se vean alucinaciones —comentó secamente Noel, alisándose los canosos cabellos con lentitud—. Por Dios, doctor Bernard, comprenda que todo suena a disparate, a imposible.

—Suena a imposible. ES imposible. Pero OCURRIO. Y no me pregunte cómo pudo ser, por qué, y la explicación que pueda tener todo ello. Sé tanto como usted, en ese terreno.

—Sí, entiendo. Se mantiene en su historia, ¿no es cierto?

—No tengo otro remedio. Aunque todos me crean loco. Yo sé que no lo estoy. Sé lo que vi. Y sé que era cierto, que *estaba sucediendo*.

—Bueno, supongamos —el doctor Noel se acomodó en el asiento, entrelazó los dedos de sus manos y clavó escudriñador los ojos en su subordinado—. Supongamos, doctor Bernard, que realmente hubiera visto eso. ¿Qué explicación REAL tendría?

—Ya le dije que no lo sé, doctor Noel. No sé nada de nada. Y lo peor es que me siento tan confuso que acabaré por creer realmente que me estoy volviendo loco.

—Usted aseguró que ellos se comían a su hijo, como antropófagos.

—No, no era eso exactamente, aunque fue mi primera impresión. La realidad es que succionaban algo que contenía el cuerpo que parecía ser el de su hijo. Pero juraría que aquel cuerpo era sólo una reproducción, una figura plástica, artificial, de apariencia humana casi perfecta... rellenada de algo. De una materia granulienta, grisácea. De algo así como una floración musgosa que... ¡Un momento, doctor!

—¿Qué le ocurre ahora? —se sorprendió Noel—. ¿Ha recordado algo más?

—Sí, doctor. Esa floración que entonces llenaba TODO el interior del cuerpo del muerto... era igual a la que vi en su cabeza al operarle. ¡Era... era como si el tumor se hubiera extendido incluso después de muerto el enfermo... devorándolo todo!

—Y, a su vez, el tumor fue devorado por otros seres—. Noel, pálido, se estremeció—. No, no, doctor, no es posible. Sería demasiado atroz.

—Atroz o no... era lo que ocurría allí.

—Pero luego, usted volvió. Y el cadáver del muchacho estaba normal, no era la monstruosa «cosa» que usted viera antes. Eso, en sólo unos momentos. ¿Cómo se lo explica?

—Quisiera poder decírselo, señor. Pero no es fácil. No es fácil...

El doctor Noel se mantuvo en silencio unos momentos. Por último, expuso su propio punto de vista:

—Le voy a creer, con ciertas reservas, doctor. Pero no admitiré eso oficialmente, por supuesto. ¿Qué puede usted hacer para tratar de averiguar algo más en todo esto, doctor Bernard?

—Hay dos cosas por hacer, doctor Noel. Y me cuidaré yo de ellas, hoy mismo —afirmó Bernard—. Pero no se lo voy a decir. Es mejor que usted lo ignore. Es posible que, para hacer ciertas comprobaciones... tenga que llegar a situarme al margen de la Ley.

—Doctor Bernard... —preocupado, Noel se inclinó hacia su colega y subordinado—. ¿No cree que eso será ir demasiado lejos? Puede buscarse serios problemas. Y yo no podría ayudarle entonces.

—Compréndalo, doctor Noel —Marcel se incorporó, con expresión sombría—. Después de haber vivido una aventura tan horrible, nada es ir demasiado lejos para mí. Correré el riesgo yo solo.

Abandonó la estancia, dejando preocupado al doctor Noel.

El doctor Bernard entró en el ascensor, descendiendo a la planta inferior de la clínica. No supo que, de la antesala del doctor Noel, salió instantes después otra persona con expresión alarmada, pálida la faz.

—Tengo que ayudar al doctor en esto —musitó la persona—. No puede hacerlo solo.

Era la doctora Duprez.

Descendió detrás del doctor Bernard. De haberlo sabido, Marcel se hubiese sentido también preocupado.

Y eso que todos ellos ignoraban lo que les reservaba el futuro.

Galaxia 297 —1

CAPITULO 4

AVENTURA CON LO HORRIBLE

DOS cosas tenía que hacer para comprobarlo, tal como le dijera al doctor Noel. Dos cosas, a cual más trascendental para tratar de penetrar en el alucinante misterio. El doctor Marcel Bernard comenzó aquel mismo día con su primer paso.

O quizá sería mejor decir que empezó por la noche...

Porque ya estaba oscuro cuando la figura sigilosa del joven médico se filtró entre los panteones, tumbas y bloques de nichos que formaban el cementerio del padre Duchesne, al final de la Avenue de la République.

Habíase quedado dentro del recinto funerario cuando se cerraron las puertas al atardecer. Oculto entre las altas cruces de mármol y las figuras de ángeles esculpidos en piedra o mármoles costosos, esperó su ocasión.

Una ocasión que llegaba con la noche, con la oscuridad, con el silencio cómplice y enervante del amplio cementerio. Un cementerio cosmopolita, donde se agrupaban una mezquita musulmana, una capilla católica y el horno crematorio para quienes requerían como última voluntad la incineración de sus restos mortales. Así era el cementerio del padre Duchesne.

El doctor Bernard dejó atrás la edificación maciza y amplia donde se hallaban los hornos crematorios. Avanzó hacia el extremo Sur del amplio cementerio, donde sabía que se hallaba la tumba del joven Michel, enterrado aquel mismo día.

Era un nicho a ras de tierra. Trabajó rápida, silenciosa, eficazmente, en el cemento aún blando que sujetaba la losa del nicho a sus bordes. Logró, con un mínimo de ruido, arrancar la losa y la depositó cautamente en tierra. Luego introdujo las manos y brazos en el nicho.

Luego, efectuó lo que parecía una sacrílega profanación. No lo era en realidad, porque Marcel Bernard iba en pos de algo. Algo oculto allí dentro. Quizá algo siniestro y amenazador para otros seres.

Extrajo el ataúd. Trabajó rápidamente sobre él. Rompió sus cerraduras plateadas. Se detuvo, jadeante, tras la fractura. Alzó, despacio, la tapa de

caoba. Se estremeció. Allí, en el cementerio, a la luz tenue de la luna creciente, entre cipreses y tumbas, resultaba terrible enfrentarse a la muerte, a un pobre muchacho, muerto por un turbomóvil. Un muchacho comido por un virus de origen desconocido, nuevo en los anales clínicos del mundo.

Las manos enguantadas del joven médico trabajaron rápida, silenciosa, diestramente. Extrajeron el escalpelo, el bisturí... Todo rápido, silencioso, brutal, atroz en su propia, desnuda simplicidad.

—Lo siento, muchacho —murmuró el doctor, inclinado sobre el muerto —. Quizá no debería hacerlo. Pero tu muerte, tu cuerpo, tú mismo, quizá está sirviendo para encubrir algo espantoso que es preciso destruir... si es lo que yo imagino...

Actuó con una helada, tremenda precisión y celeridad. Abrió las costuras de la frente del muerto. El escalpelo y el bisturí penetraron mordazmente en el cráneo levantado...

Luego, una linterna velada lanzó su luz al interior del cráneo abierto. Marcel tragó saliva, muy pálido.

Rápido, cerró de nuevo las heridas. Luego fue el ataúd el que tapó. Ajustó sus cerraduras del mejor modo posible y volvió a introducirlo. Oró en silencio, elevando una plegaria por el alma del difunto. Cerró el nicho.

De una bolsa plástica que extrajo de debajo de su gabardina sacó un cemento especial, una mezcla plástica, de rápido secado, con la que fijó la lápida. Se alejó luego, en silencio, como actuara durante su macabra acción investigadora.

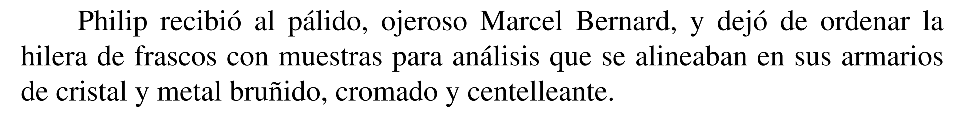
—Dios mío, perdón —susurró Marcel, al saltar las tapias del cementerio, frente a la iglesia del Buen Pastor, con su aguda, elevada torre señalando al cielo estrellado de la noche—. Perdón por todo. A Ti... y al pobre Michel. Pero ahora ya sé algo... *Algo más*... que quisiera no haber sabido...

Pero lo malo era que lo sabía. La rápida intervención quirúrgica en el cráneo del muerto había sido reveladora. Reveladora de una verdad tremenda, impresionante: aquel hombre enterrado en el cementerio del padre Duchesne era el auténtico Pierre Michel. En su cabeza, había señales, raspaduras de su intervención quirúrgica, cosas que él conocía, como cualquier experto reconoce allí donde sus herramientas han tocado. Sólo que dentro del cráneo ya no había floración cancerosa, ni señales del tumor, ni nada de nada.

Porque ni siquiera había masa encefálica. Habían robado el cerebro del cadáver.

Y lo terrible era que Marcel Bernard ya temía eso, antes de abrir la frente del pobre muchacho...

* * *



Philip recibió al pálido, ojeroso Marcel Bernard, y dejó de ordenar la hilera de frascos con muestras para análisis que se alineaban en sus armarios de cristal y metal bruñido, cromado y centelleante.

—¡Doctor Bernard! —masculló, sorprendido—. ¿Usted por aquí a estas horas? Pero ¡si es plena madrugada!

—Ya lo sé, Philip — habló con voz ronca Marcel—. A pesar de ello, necesito que me ayudes.

—Claro que le ayudaré, doctor —sonrió Philip—. Pero, ¿qué es lo que sucede?

—Es algo sobre el análisis aquel. Ya recordarás; el cerebro de Pierre Michel.

—Oh, ¿eso? —Philip enarcó las cejas—. Doctor, ¿es que está usted obsesionado con eso? Ya le dimos los informes sobre el análisis. Tenía un tumor de tipo canceroso, nada conocido por cierto. Quizá lo adquirió en Oriente. Creo que estuvo allí varios años.

—Eso lo dirían sus padres, ¿no?

—Sí, claro — Philip le estudió con aire receloso—. Doctor, ¿de veras se encuentra bien?

—Claro que sí. ¿Por qué preguntas eso?

—No sé, pero me pareció que está enfermo, alterado. Le veo nervioso, demacrado, como falto de algo.

—Sí, falto de muchas cosas. Pero no de salud, Philip. Esas muestras, las del cerebro de Pierre Michel, ¿dónde están ahora?

—Pues, ¿dónde han de estar? Naturalmente, en el armario de las muestras ya analizadas. No sirve de nada apenas, ya que el informe figura en nuestro archivo.

—Un informe sumamente significativo, Philip. Es una dolencia desconocida, un nuevo tumor. Supongo que se habrá dado informe al Instituto Pasteur.

—¿Por qué, doctor? —Philip rió, encogiéndose de hombros—. No creo que constituya peligro alguno. Hay siempre mil enfermedades de tipo desconocido, según los tipos y su virulencia. Eso no justifica que uno diga haber hallado una nueva enfermedad. Normalmente, el que asegura eso hace el ridículo.

—Si quieres servir a la medicina, a la Humanidad, Philip, no temas nunca hacer el ridículo. Es algo inherente a nuestra profesión, amigo mío. Veamos, quiero examinar esa muestra.

—¿Ahora mismo? —parpadeó Philip.

—Sí. Ahora.

—Pero, doctor, yo —mascullό el empleado nocturno de laboratorios—. Tengo mucho trabajo esta noche. ¿No podría volver mañana y...?

—No. Ha de ser ahora. Ya me oíste, Philip.

—Está bien —suspiró el empleado—. Allá usted, doctor Bernard. Pero no comprendo por qué ha de hacer esto.

—Conque lo comprenda yo, basta.

Echó a andar hacia el fondo de los laboratorios, donde sabía se hallaba la cámara frigorífica donde se almacenaban los frascos de virus, microbios o bacterias analizados. Philip, de mala gana, le siguió, extrayendo de su blanca bata plástica las llaves correspondientes.

Introdujo la llave en la cerradura. Luego, miró con fijeza al doctor Bernard.

—Yo que usted, no lo haría ahora —observó.

—¿Por qué, Philip? —Marcel le miró fijamente también—. ¿Por qué dices eso?

—No sé, doctor. Creo que me preocupa usted. Eso es todo. Pero en fin, usted manda...

Abrió el frigorífico. Se hizo a un lado para que entrara Marcel. Una vaharada de aséptico aire helado azotó el rostro de Marcel. Y, de repente, el joven médico lo vio.

Descubrió los frascos abatidos en tierra, rotos contra el suelo de linóleo del frigorífico. Y entre ellos, agitándose como una pulpa maligna, viva, repugnante... una masa gris, granúlente, pastosa, que reptaba, se enroscaba en su informe volumen, o daba monstruosos saltos.

—¡Philip! —rugió Bernard—. ¡MIRE ESO!...

Se volvió a Philip. Pero era tarde. El encargado de los laboratorios lanzó una larga, demoníaca carcajada, se abalanzó sobre Bernard y lo empujó. El doctor cayó dentro de la cámara frigorífica. Rodó por el suelo, se agitó, pretendiendo revolverse, salir de allí.

Philip no le dejó. Cerró de golpe la puerta hermética. Con un siniestro

chasquido, sonó el pestillo magnético del frigorífico. Y Marcel Bernard se quedó dentro del amplio armario de muestras químicas. Encerrado sin posible salida.

A más de treinta grados bajo cero... y ante una masa gris, formada de corpúsculos ovoidales, como granos de un moho singular y gigantesco. Una materia que le duplicaba en tamaño, que parecía absorberlo todo... y que se movió hacia él como una enorme babosa, deslizándose sobre el suelo terso del refrigerador.

—¡Oh, no, no! —aulló Bernard, descompuesto—. ¡Dios mío, no! ¡TAMBIEN PHILIP... es uno de «ELLOS»!

Pero ya era tarde. La sospecha era ahora certeza... cuando Marcel Bernard no podía abandonar la cámara congeladora. Cuando se enfrentaba a una muerte cierta, por el frío artificial. O a una muerte probable, espantosa, alucinante, en poder de «aquello». De aquella «cosa» o lo que fuese, que se movía hacia él, formando con sus millones de granos grises un todo, una amalgama viscosa y horrenda.

De cualquier modo, era el fin. Y, con su fin, el del terrible enigma que pudiera descubrir.

* * *

Ahora, Marcel sabía la verdad. Conocía la tremenda realidad con la que se estaba enfrentando, cuya presencia había sido el primero en descubrir, en intuir.

Había ALGO. «Algo» vivo, latente, mortal. Un microbio... luna bacteria... un virus. Lo que fuese, estaba allí. Era la floración mortífera del cerebro de Pierre Michel. Era la tremenda floración gris en que se convirtió el interior del cuerpo de Michael descubierto en la cámara mortuoria. Era, en suma, la misma floración que analizaran en los laboratorios, que calificaran como un virus desconocido, de tipo canceroso, voraz, mortal de necesidad.

Y ahora, dentro de la cámara frigorífica que debería haber guardado en un frasco los residuos de la materia analizada, surgía esa materia agigantada, convertida en un monstruo viviente, en una masa agresiva, móvil, ominosa, que se abalanzaba ahora sobre él. Quizá para absorberle, para succionar su vida, sus tejidos, como los supuestos padres del joven Michel succionaran el interior de aquel cuerpo falso, substituido con otro cuando llegó el momento de demostrar lo sucedido.

Marcel Bernard supo que no había escapatoria. Enfrentarse a aquel

horrible ente, a aquella materia repelente y tremenda, era la muerte. La muerte cierta.

Y, a pesar de ello, aguantó a pie firme, esperó el embate, la absorción, la aniquilación total, inevitable.

Philip le había dejado encerrado. Philip no era ya el Philip que conociera de siempre, estaba seguro. Había «algo». Algo que cambiaba a los seres, que los transformaba en algo distinto y horripilante, pero bajo una envoltura aparentemente igual.

Aquel algo, podía ser el virus.

El virus mortal que le acorralaba, que se movía como un detritus colosal y nauseabundo, de olor insoportable, hacia el hombre acosado.

—No te temo —jadeó Bernard, en un alarde de arrogancia, sudoroso, acorralado, encogido contra el muro frío, recubierto de escarcha, de la amplia cámara frigorífica de los laboratorios. Sudando, sí, a pesar de la bajísima temperatura—. ¡No te temo, virus o lo que seas! ¡Puedes destruirme, acabar conmigo! ¡Puedes seguir destruyendo a muchos! Pero te quedan muchas cosas por vencer todavía. ¡Está la voluntad, la energía humana, que sabe luchar contra toda clase de enemigos, de bacterias mortíferas! ¡Está la ciencia, cuando el hombre flaquea! ¡La ciencia es capaz de aniquilar a entes asquerosos como tú, por fuertes que seáis! Y allí donde la ciencia termina y es incapaz de seguir luchando... está Dios. ¡Dios no tolerará jamás que criaturas como tú lleguéis a dominar la vida del ser humano! ¡Yo lo sé, yo creo en Él y en Su sabiduría sin límites!

No hubo respuesta. No podía haberla. Marcel no esperaba que el virus tuviese voz. Pero, en cambio, algo sucedía. Era una impresión inexplicable. Como un sexto sentido. O quizá simples ondas mentales que llegaban a su cerebro vagamente, con una confusión incomprensible, pero real.

Tuvo la sensación de que el virus tenía dolor. Un dolor casi físico, algo que le encogía, que le hacía contraerse, apartarse de él, como un insecto rechazado por una oleada de insecticida poderoso.

Y estaba sucediendo así. El virus retrocedía.

Bernard parpadeó, encogido y alucinado, casi sintiendo sobre sí el fétido vaho de la materia viscosa y grisácea, de los gránulos apelotonados y horribles. Vio, incrédulo, cómo la masa viva retrocedía, apartándose vivamente de él.

Fascinado, Bernard se irguió, salió de su rincón, separó las espaldas del muro helado. Quizá el nombre de Dios... Era fantástico. Pero había leyendas que hablaban de vampiros. Vampiros que retrocedían, confundidos, ante el signo de la Cruz. Acaso esto... tuviera alguna relación con ello.

—Dios mío, ¿sería posible? —musitó Bernard, dando unos pasos adelante.

Parecía ser posible. Porque al repetir el nombre del Creador con voz enfática, llena de aliento, la materia virulenta dio otro salto atrás. Parecía un odioso, informe monstruo de una era prehistórica ya extinta. O acaso un ser de otro mundo, llovido de planetas lejanos.

Marcel Bernard era médico. También era hombre práctico, que se resistía a aceptar milagros, hechos metafísicos, circunstancias situadas al margen del hombre y de su influencia física y material. Por eso no acababa de aceptar que la sola mención de Dios bastara a vencer, a derrotar, a hacer huir a luna materia mortal, a un virus convertido en gigante canceroso e independiente.

De súbito, ocurrió algo. La materia saltó sobre él. Bernard gritó, cayó de espaldas. Sintió la indescriptible, erizante sensación del roce frío, blando, asqueroso, de aquella masa viva. Pero le resbaló como una babosa por encima. Igual que luna medusa viva y asustada, brincó virtualmente por encima de su cuerpo caído, abalanzose sobre la puerta del frigorífico y se adhirió a ella, como una lapa.

Marcel, desde el suelo del frigorífico, asistió a un nuevo suceso, inconcebible. Nada más aferrarse a la puerta el virus, el metal pareció reblandecerse, las cerraduras se derritieron... y la puerta se abrió. La materia blanda, con un salto epiléptico, escapó de la cámara.

¡La masa gris, granulenta, salió del refrigerador y huyó ante los ojos dilatados de Marcel, bajo la luz lívida, cruda, violenta, de los laboratorios!

Marcel no podía dejar escapar aquella oportunidad. Inexplicablemente, huía a la muerte. El virus mortal eludía atacarle. Y había una salida del frío de muerte de aquella cámara en que le encerrara Philip.

Oyó un grito terrible, un grito de mujer, rebosante de pánico, de angustia, en algún lugar de los laboratorios. Alguien se había encontrado con la materia gris. Marcel saltó fuera del frigorífico, corrió bajo la luz azulada de las dependencias de blancas baldosas y olor aséptico.

Corrió vertiginosamente. En la segunda cámara halló a la doctora Duprez.

Había caído al suelo, inconsciente, lívida. Yacía sin sentido por el tremendo impacto emocional que sobre ella causó la presencia del horror viviente. Marcel vaciló entre asistirla a ella o seguir en pos de la materia virulenta.

Pero cuando asomó a la salida de los laboratorios, sin haber hallado rastro de Philip, ni tampoco de la materia fugitiva, no halló nada de nada. La masa del virus había escapado. Se encontraba ahora pugnando por mantenerse

oculta a ojos de todos. Y si era todo lo astuta que él imaginaba lo lograría.

Angustiado, regresó junto a la doctora Duprez. Se inclinó sobre ella y la alzó en brazos. La depositó sobre una de las mesas de superficie de grueso cristal. Pulsó sus muñecas, estudió el latido de su corazón y las pupilas de la infortunada doctora.

Respiró con alivia El susto había sido tremendo, pero nada más. Parecía estar bien, a pesar de su inconsciencia, provocada por el impacto de terror sufrido.

Fue a un armario de medicamentos, tomó un frasco de sales y se acercó a la doctora.

No fue preciso utilizarlo. Ella abrió los ojos, se incorporó, muy pálida, muy dilatadas sus pupilas, y extendió la mano, rehuyendo la asistencia del frasco de sales.

—No, no —musitó—. No hace falta, doctor Bernard. Me encuentro bien.

—¿De veras, doctora Duprez?

—Sí, estoy bien. Muy bien, se lo aseguro.

—Doctora, usted..., usted ¿vio lo que...?

—Sí —ella se estremeció, ocultó el rostro entre sus manos crispadas—. Dios mío, doctor, no me lo recuerde. Lo vi. Era horrendo. ¿Usted..., usted lo ha visto también?

—Claro. Y casi fui atacado por *ello*.

—Pero... pero *¿qué es*?

—Realmente, no lo sé —jadeó Marcel, impresionado, apoyándose en el muro—. Estoy tan angustiado y confuso como usted. Los hechos parecen claros. Primero, un hombre accidentado aparece con una floración virulenta en su cerebro. Luego ese mismo hombre se transforma todo él, bajo su apariencia normal, en una floración absoluta, en una masa total de virus. Hay otros seres afectados de la misma enfermedad. Y el virus parece desear la succión de otros virus, antes de que éstos mueran o sean sepultados. Es un proceso biológico atroz, pero factible. Una especie, una forma de vida ignorada y desconocida, que engendra vida a su vez, y se nutre de esa propia vida. No podemos sorprendernos de nada, doctora Duprez. Hay formas de vida increíbles en el Universo.

—¿Universo?

—Sí —Marcel asintió, grave la expresión—. No podemos admitir que esa enfermedad, virus o lo que sea, proceda de nuestro mundo. Hubiera surgido antes de ahora, se sabría algo de él, existirían precedentes, más o menos débiles. Esto, doctora Duprez, sea lo que

sea… *viene de otro mundo*. En suma, el temor de los científicos se está cumpliendo. Los hombres visitan los espacios, se sitúan en órbita, acaban por poner el pie en la Luna. Todo pareció normal, sin problemas graves para el ser humano. Pero no fue así realmente. Han traído alguna especie de bacteria, de microbio, de virus… Y ese virus está aquí, doctora Duprez. Ese virus, capaz de desarrollarse, de crecer indefinidamente, de *vivir y pensar*, está aquí, en la Tierra. Llegó de alguna parte del espacio exterior… ¡y me pregunto cómo vamos a poder expulsarlo de nuevo!

CAPITULO 5

LA AMENAZA EXTRATERRESTRE

EL espacio exterior! ¡Otros planetas!... Oh, doctor Bernard, ¿no es eso demasiado fantástico, demasiado increíble, incluso en nuestros días?

—Sí —afirmó Marcel roncamente—. Es demasiado fantástico, incluso en nuestra era presiderial. Eso es lo malo. La gente no se asombra de que un ser humano domine la ingravidez, llegue a la Luna y empiece a construir allí una base terrestre de nada. Pero si yo salgo ahora a la calle y grito que tenemos en la Tierra un virus capaz de reproducirse, multiplicarse y crecer hasta extremos fabulosos, un virus que irá arrebatando vidas, poseyendo cuerpos humanos, engullendo mentes, se burlarán de mí y me encerrarán en un sanatorio siquiátrico.

—Doctor Bernard, usted es un médico.

—Sí. Y, aun así, el doctor Noel dudó de mi razón el otro día.

—Lo oí. Por eso he venido siguiéndole. Sé que estuvo en el cementerio esta noche. Y luego vine aquí. ¿Por qué, doctor Bernard? ¿Qué cree haber descubierto?

—La clave de todo esto. La razón de lo que sucede. Yo vi succionar a dos presuntos seres humanos, que no lo eran, la materia virulenta que dominaba ya otro cuerpo humano. Luego, al ser descubiertos, lograron *reproducir totalmente* el cuerpo del muerto, para que la policía no admitiera mi versión de los hechos.

—¿*Reproducir* un cuerpo humano ha dicho? —se horrorizó la doctora Bernard.

—Sí, doctora. Contra algo así, algo tan espantoso, tan increíblemente monstruoso y capacitado, es contra lo que tenemos que luchar. Una materia capaz de transformarse, de tomar formas y aspectos desconcertantes. Un virus capaz de absorber vidas humanas y de fingir apariencia humana.

—Dios mío, pero eso resultará invencible.

—Prácticamente, sí. Puede que no sólo sean los Michel, no sólo sea

Philip, el encargado de los laboratorios, sino muchos más. Cientos más. Quizá miles... Resultaría terrible, ¿no cree?

—Cielos... —la doctora se estremeció—. La temida invasión espacial. El tema de tantas novelas de anticipación, ¿no es eso, doctor?

—Sí. Una invasión llevada a sus más terribles extremos, doctora Duprez. Un ataque silencioso, alevoso. Algo digno de la imaginación de un Ray Bradbury o de un Henlein [1] . Pero, lamentablemente, no será producto de una imaginación, sino una realidad tremenda, aterradora. Nada de marcianos o venusinos extraños, pequeños, verdes o amarillos. Nada de seres con antenas y cuerpos deformes. Nada de «platillos volantes» y armas termonucleares de fantástico desarrollo. No, doctora Duprez. Esto es peor, mil veces peor que nada de lo que se escribió o predijo hasta ahora.

—Pero, doctor Bernard, cabe en lo posible el error, la confusión. Quizá se alarma prematuramente. ¿No puede ser una enfermedad, una infección, una epidemia rara y...?

—*Es* una epidemia —Marcel señaló el techo de luz fluorescente—. Pero viene *de arriba*, doctora Duprez. Del espacio. Estoy seguro de eso. Lo que estamos viviendo ahora no procede de nuestro mundo. Sería absurdo.

—Y si fuera así, ¿por qué no dar la voz de alarma, por qué no poner en pie de guerra al mundo entero, frente al peligro extraterrestre?

—Porque carecemos de pruebas —suspiró Marcel, extendiendo sus manos—. Porque no hay posibilidad de demostrar lo que aseguro yo. Porque esa materia virulenta escapará, se escabullirá de mis manos cada vez que pretenda demostrar su existencia, su formación no terrestre.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer, doctor?

—No lo sé... —musitó, desesperado, Marcel Bernard, golpeando con sus puños en el muro de baldosas blancas—. ¡No lo sé!

Avanzó lentamente, hasta sentarse en una banqueta esmaltada de blanco. Allí permaneció pensativo, sombrío, durante largo rato. La doctora Duprez dio unos pasos, respetando su quietud, su abstracción. Finalmente, ya cerca de él, preguntó:

—Doctor Bernard, ¿en qué está pensando ahora?

—Estoy pensando en muchas cosas, doctora. En dónde andará oculta ahora la materia virulenta, el virus que rompió la botella del frigorífico en que se hallaba encerrado, y creció, haciéndose gigantesco y monstruoso. En el sitio donde podrá estar ahora Philip, nuestro amigo Philip, convertido en... en «algo» que tendrá poco de humano, bajo su piel y su aspecto familiar a todos.

Y, sobre todo, doctora Duprez, estoy pensando en algo. Algo asombroso, que no me explico todavía.

—¿Qué, doctor?

—¿Por qué no he sido atacado yo? ¿Por qué me rehuyó el virus, por qué se apartó de mí, cuando se disponía a absorberme? ¿Por qué escapó del frigorífico cuando yo me moví hacia «él»? ¿Por qué doctora, *por qué*?

La joven científica no supo qué contestarle. Sus ojos inteligentes, agudos, le miraron entre inquietos y sorprendidos. No podía darle una respuesta. Y no era eso lo peor.

Lo peor era que Marcel Bernard tampoco podía hallar esa respuesta.

¿Por qué él, que era el más peligroso enemigo del virus, no fue absorbido por éste?

¿Por qué?

* * *

Marcel Bernard hizo girar lentamente la llave en la cerradura. Entró en su piso.

Había luz. Aunque era innecesaria, porque estaba saliendo ya la claridad borrosa, lívida, de un nuevo día nublado, con amenaza de lluvia, había luz en el «living», en la habitación de Denise.

—Buenas noches —saludó la voz de su esposa—. ¿O debo decir mejor buenos días?

—Tanto da —Marcel se encogió de hombros—. No digas nada y quedarás mejor, querida.

Estaba erguida en el «living». Muy bella, con su salto de cama color fresa, vaporoso, translúcido, que permitía adivinar su silueta turbadora, sinuosa, contra la claridad de la lámpara indirecta. Tenía un cigarrillo en una mano y un alto vaso de licor ambarino en la otra, con las burbujas de la soda y los cubitos de hielo tintineando musicalmente contra el cristal tallado.

Denise era hermosa, sugestiva, femenina, embriagadoramente atractiva. Hacía falta dominarse muy bien para no reflejar ante ella la debilidad, el derrumbamiento de las más firmes decisiones.

No podía evitarlo. Marcel la amaba. Quizá por eso le temblaron las manos ligeramente y su corazón palpitó con mayor fuerza. Pero ambas cosas cuidó de disimularlas desesperadamente. No quería que Denise, su esposa, la

mujer que estaba a punto de perder para siempre, advirtiera signo alguno de debilidad en él.

—Supongo que has estado de nuevo en el hospital.

—Sí —asintió Bernard.

—¿Toda la noche? —Toda, sí.

—Estás pálido, demacrado. Tienes profundas ojeras, Marcel.

—Es posible. El trabajo ha sido duro.

—No hay nada que te obligue a un servicio de noche, salvo en casos muy urgentes. ¿Por qué fuiste? ¿Acaso se ha hundido la Torre Eiffel? ¿0 se ha desbordado el Sena, inundando todo París, y hacéis falta la totalidad de médicos de la capital?

Marcel pudo haber replicado a eso. Pudo haberle dicho que el derrumbamiento de la Torre Eiffel o la salida del cauce de las aguas del viejo Sena no significaban nada. Que algo mucho más siniestro, inmaterial y terrible estaba a punto de sacudir París, el mundo entero, quizás el Universo. Algo en lo que nadie iba a creer.

Pero no dijo nada. No replicó. Se encogió de hombros, rehuyendo la mirada de Denise. Y manifestó glacialmente:

—Querida, no puedo dormir por las noches. Prefiero trabajar hasta el agotamiento total.

Denise no replicó. Entornó los ojos y apuró un sorbo del frío líquido. Luego aplastó el cigarrillo en uno de los ceniceros de vidrio. Su voz expresó sin vacilaciones:

—Al menos, podrías guardar la compostura mientras convivimos. Serás libre cuando nuestro matrimonio se anule. Hoy he visitado al abogado. Te citarán ante el juez cualquier día, para proceder al primer paso del divorcio. Fallado el acto de conciliación, se nos volverá a citar para la separación legal. Es cosa de días, Marcel. ¿No puedes esperar hasta entonces, sin tener que pasarte las horas muertas junto a tu inevitable doctora Duprez?

Marcel sintiose exasperado. Si al menos hubiera sido por celos. Pero no hay celos donde no existe ya cariño. Denise simplemente mantenía su orgullo. No quería verse minimizada por nadie. Su dinero, su vida cómoda y amable, su posición social... Todo influía en eso. Marcel la conocía bien.

—Es cierto que he visto a la doctora Duprez —afirmó Marcel—. Pero no toda la noche.

—Seguro —suspiró ella—. La doctora tampoco tiene servicio de noche, salvo en casos de emergencia. Pero estaba allí, contigo. Admirable fidelidad,

entre médicos, querido.

Paseó, agitándose su vaporosa bata a su paso por el «living». Estaba molesta.

Marcel creyose obligado a hablar sinceramente. No por reconciliarse o por convencer a Denise. Ella era su mujer todavía. Era humano, era necesario advertirla. Quizá no lo creería. Pero tenía que avisarla.

—Voy a ducharme —dijo ella de súbito, llevando sus manos a la cinta de su bata, para desanudarla—. Estoy tan aturdida, que ni siquiera me duché ayer. Todavía llevo encima el salitre del mar, querido. Será mejor que me duche.

—Sí, también lo haré yo después —afirmó Marcel—. Tampoco he ido a la ducha aún. Pero antes hay cosas más importantes, Denise. Escúchame un momento.

—¿Qué vas a decirme? ¿Tienes alguna novedad? ¿O pretendes excusarte por algo? Porque, en ese caso, pierdes el tiempo. No te pido cuentas de nada. Sólo quiero mantener la dignidad de la casa, mientras dure nuestra unión. Eso es todo, Marcel.

—Sabía eso, Denise. Y no iba a excusarme. Yo no soy de ésos; tú deberías saberlo.

—Está bien. ¿Entonces...?

—Escucha esto, Denise. Corres peligro.

—¿*Peligro*? —ella giró la cabeza, estupefacta. Miró a Marcel con asombro—. ¿Qué dices?

—Ya me has oído. Cuídate. Procura no salir, no acercarte a nadie. Es un peligro terrible, Denise. De muerte. O de algo peor aún que la misma muerte.

El cabello de la joven esposa de Marcel se agitó al reír ella de buena gana.

—Oh, querido, no te pongas trágico. ¿Qué es lo que pretendes decirme? ¿Que hay una epidemia o cosa por el estilo? ¿Es eso?

—Una epidemia... —Marcel respiró hondo, con los ojos clavados en el suelo—. Sí, podríamos llamarlo también así. Pero quizá nos quedáramos cortos, Denise. Es más, mucho más. Es infinitamente más terrible.

Denise reflejó preocupación, por primera vez. Miró sorprendida a su marido y descubrió la gravedad de su expresión.

—¿Es... es la peste, o algo así? —musitó roncamente.

—No, Denise —la contempló fijamente—. Es aún peor. Es un virus desconocido. Vivo e inteligente. Anda suelto. Contagia, absorbe a los seres humanos. Creo..., creo que ha llegado de algún lugar fuera de este mundo. Quizá del espacio, no sé...

—¡Marcel! —Denise dilató sus ojos—. No hablas en serio, ¿verdad?

—Ojalá fuera así. Pero, desgraciadamente, es bien serio. Está ocurriendo ya, Denise —avanzó con paso rápido, firme, hacia la terraza. Señalo la ciudad, dormida y grisácea bajo la luz del amanecer —. Está ya ahí, Denise. En la ciudad. En sus calles, en sus edificios. Yo lo he visto. Yo me he enfrentado por dos veces al horror. Es alucinante, porque puede significar el fin de la Humanidad. Puede invadirlo todo, llegar a todas partes. Transformar en apestados horribles a todos los parisinos, ¡y nadie se dará cuenta de ello! Seguiremos pareciendo humanos, actuaremos y tendremos el aspecto de tales, Denise. Pero nuestro organismo, nuestro ser, se habrá convertido en una materia cancerosa, carcomida, infesta, repulsiva. Y buscaremos ávidamente otras presas. Los no inoculados lo serán de una manera u otra. ¡El virus está aquí, alrededor nuestro, como un monstruo invisible, de mil ojos y un millón de tentáculos, moviéndose por la ciudad, por el mundo! Acaso sólo sea en París. O puede ser en todas partes, no lo sé. Pero existe, Denis. *Es*, real. Y ataca... ¡Y destruye!

Ella le había escuchado con asombro, con incredulidad manifiesta. Luego declaró escuetamente, sin quitar de él su mirada atónita:

—No lo creo, Marcel. No puedo creerlo. Sinceramente, has inventado algo para asustarme. ¡Nadie lo creerá, Marcel! ¿O acaso estás tan fatigado que ves cosas que no son?

—¡Te juro que es cierto, Denise! —gritó roncamente Marcel—. *¡Es la verdad!*

—La verdad, Marcel, por Dios —ella soltó una breve nerviosa carcajada —. No puedo admitirla. ¡Invasores del espacio..., con aspecto de enfermedades! ¿Le has contado eso a la policía?

—No...

—¿A los médicos, al doctor Noel, a la Central de Sanidad al Gobierno...?

—Claro que no. Nadie lo cree. El doctor Noel duda los demás no admitirían mi...

—¿Lo ves, Marcel? Es inútil. Jamás podrá creer nadie una cosa así. Si eso fuera cierto, sería el momento de iniciar una llamada de alerta nacional... e

incluso internacional. Tú eres médico. Tú sabes que los departamentos de Sanidad necesitan pruebas para poner en cuarentena a una casa un pueblo, una ciudad o un país. ¿Cómo esperas que eso se lleve a efecto si no das tú la voz de alarma? Y ¿cómo la darás sin pruebas? ¿O acaso esperas obtenerlas?

— Denise, será casi imposible tener prueba alguna. La gente habrá de tener fe. O perecerá. Eso es todo. Pereceremos, si no creemos.

—Fe... ¿Pides fe en la época en que el hombre menos cree en los demás ni en sí mismo?

—Pues es necesario. Quizá Dios nos sitúa ante la tremenda coyuntura de sobrevivir por la fe... o de morir por escepticismo, por incredulidad. ¡Pruebas, pruebas siempre! El mundo, los seres que lo pueblan, se han vuelto todos como una gigantesca sala de justicia, donde sólo las evidencias cuentan. Los demás están locos. No saben lo que dicen, los que vieron «platillos volantes» en el pasado, los que creyeron en la existencia de formas de vida que nada tuvieran que ver con la humana, eran dementes, visionarios. ¡Imbéciles, estúpidos, obcecados e ignorantes todos! ¡Todos, incluso los científicos, los sabios, los gobernantes! ¡Quizá ya «ellos» nos visitaban, nos contemplaban! ¡Y luego cayeron sobre nosotros, como una lluvia maldita! ¡Como un alud de microbios, de virus, de bacterias devoradoras!

Exasperado, furioso, Marcel cayó sobre un diván, golpeándolo con los puños, rugiendo furiosamente diatribas contra la ignorancia, contra la ceguera y torpeza del mundo. El mundo, la gran víctima dócil, estúpida, cobarde y sorda.

Denise le contempló. Con pesar, con angustia. No le creía. No podía creerlo. Ella no era diferente a los demás; ¿por qué había de serlo? Pero sentía pena, pesar por aquel hombre que había parecido enloquecer últimamente, que se estrellaba en un muro de incomprensión, de oídos cerrados, de escepticismo y de falta de fe.

—Mi pobre Marcel... —suspiró ella lentamente—. Quisiera poderte ayudar en algo, quedarme junto a ti ahora, para tratar de calmarte y ayudarte a descansar. Pero no puedo. He quedado con alguien. Y ya estoy retrasándome. Llegaré tarde a la cita...

—¿Con Brossard? ¿Con Pierre Brossard, tu adorador? —musitó Marcel roncamente.

—Sinceramente, sí... —asintió ella, con dificultad palpable—. Hemos de ir a su residencia de Neully. Va a presentarme a sus padres...

—Sus padres... —repitió Marcel con sarcasmo—. Serán tan falsos como él. Vividores todos...

—Marcel, te prohíbo que les insultes. Pierre va a ser mi futuro esposo.

—Bien, querida. Perdón. Y que me perdone mi futura honorable familia de sinvergüenzas. Si esto sigue adelante, de cualquier modo, Brossard no va a sacar mucho de ti.

—¿Qué quieres decir?

—El virus no le dará tiempo —rió Marcel cínico, amargamente—. No nos dará tiempo a nadie...

—¡Oh, «eso» otra vez! —se irritó ella, desanudando su batín—. Ya has logrado que me demore más aún. Si no me apresuro, no llegaré a tiempo...

En vez de encaminarse a la ducha, corrió a vestirse. Era tarde, y Denise sabía que podría utilizar el aseo de la familia Brossard, una vez allí. Dejó solo a Marcel Bernard, en el sofá del «living».

El, ni siquiera intentó detener a Denise. Era inútil. No merecía la pena perder más tiempo. Ella se iba de su lado. Ni le amaba, ni tenía fe en él. ¿Qué podía hacer, entonces? No ya recuperarla, sino ni siquiera librarla del peligro silencioso, agazapado en las calles de París, podía intentar ahora.

—Que Dios te proteja —musitó Marcel casi para sí, hundido en su propio abatimiento—. Es lo único que nos cabe pedir ya a todos.

Se encaminó a su propia alcoba, cayó de bruces sobre el lecho. A pesar de sus inquietudes, de sus terrores, se quedó dormido. Profunda, totalmente dormido.

Y la amenaza llegada de más allá de la Tierra, según su teoría, dejó de significar algo para él. El cansancio, el agotamiento físico le habían vencido.

La puerta del piso se cerró. Denise había abandonado la vivienda, en busca de Pierre Brossard, su nuevo amor.

Pero Marcel ni siquiera se enteró ya de eso.

CAPITULO 6

CRISIS

PIERRE Brossard era alto, musculoso, arrogante. Un tipo deportivo, bronceado por el sol y la brisa, con unas pocas hebras

plateadas de canas en sus sienes. Muy pocas, las justas para realzar su atractivo varonil.

Recibió a Denise como siempre. Con un fuerte apretón de manos, un beso en la mejilla y su mejor sonrisa, exhibiendo sus completas líneas de blanca dentadura igual, armoniosa. Los ojos oscuros, rientes, miraron a Denise con halago.

—Mi pequeña Denise, creí que no llegarías a tiempo —declaró, rodeándole los hombros con su brazo—. Ya sabes que mis padres salen hoy de viaje por Europa. Pero no han querido demorar el conocerte, el saber quién será su futura nuera, la esposa de su hijo Pierre.

—Me entretuve más de lo previsto. Mi... mi esposo llegó tarde de la clínica. Había trabajado mucho, al parecer. Venía agotado, y hablando incongruencias. Se puso irritante. Me disgusté con él.

—Oh, perdona. Cada vez que te veo, olvido..., olvido que eres todavía una mujer casada...

—No por mucho tiempo, Pierre. Después de ver a tus padres, sabes que voy a ver a mi abogado, y dejaremos resuelto lo relativo al acto de conciliación.

—Donde no habrá conciliación, claro — rió Brossard.

—Por supuesto. La decisión está tomada, Pierre. Y tú lo sabes muy bien...

Brossard la llevó hasta su descapotable, moderno turbomóvil de color dorado, que mantenía aparcado en la Rue Rivoli, no lejos del Louvre. Subieron ambos. Poco después avanzaban por el moderno París, en busca de las autopistas para turbomóviles que conducían a Neuilly y Bolonia.

—He leído algo curioso en un diario de la mañana, precisamente sobre tu marido —dijo de pronto Brossard, sin dejar de conducir el vehículo a turbinas por las amplias avenidas parisinas.

—¿Sobre Marcel? ¿En los periódicos? —se sobresaltó Denise.

—Sí. ¿No lo has leído?

—No, claro que no. ¿Qué tienen que decir los periódicos de él? ¿Hablan de nuestra separación, tal vez?

—No —rió Brossard—. Pero la aluden. Y dicen que puede ser una de las múltiples causas que han llevado a Marcel al desequilibrio, a una posible depresión que le hace ver cosas increíbles e inadmisibles para cualquier mente estabilizada.

—Pierre, ¿quieres decir que...?

—Quiero decir que, al parecer, Marcel Bernard, prestigioso médico, denunció a un gendarme que había visto a unos padres «devorar» a su hijo muerto, en la cámara mortuoria. ¿Has oído cosa más atroz y diabólica que ésa?

—¡Oh, Marcel no puede haber dicho una cosa así! ¡No es posible! —Denise había palidecido.

—Pues lo hizo. La ha armado buena. Hay psiquiatras que quieren examinarle. El doctor Noel le justifica en vano. La policía también quiere llegar al fondo del asunto. Tu marido, en su peregrina historia, refirió que había visto cómo el cuerpo del hijo «devorado», era realmente un ser infrahumano, una especie de monstruo de rara naturaleza, quizás una floración ingente de una bacteria o un tumor.

Denise asintió despacio, con expresión abatida.

—Sí, Pierre. Sé todo eso. El me lo ha contado...

—¿El? —Brossard dilató mucho los ojos, al volverse hacia ella. Tuvo que virar bruscamente, para eludir un turbobús urbano, y enfilar la avenida de los Campos Elíseos—. ¿Qué él mismo te ha confesado que...?

—Así es. Resultó muy... muy difícil y penoso, créeme.

—Claro que te creo, Denise. Tú... tú no le creíste, ¿verdad?

—Lo intenté. Pero era imposible. Hubo momentos en que parecía terriblemente sincero. Sin embargo..., es una de esas cosas que no pueden aceptarse, tú lo entiendes.

—Mi querida Denise, creo que si no te separaras de Marcel terminaría por volverte loca también a ti. Siento haberte mencionado lo de los diarios, querida.

—No tiene importancia —sonrió ella suavemente. Movió la cabeza de un lado a otro—. Después de todo, resulta inevitable. Marcel es sensible, es un muchacho extraño... Ha debido impresionarle mucho todo esto. Y entre su profesión, su fatiga, y las preocupaciones íntimas, ha surgido esa especie de pesadilla, de alucinación que cree ver, el virus que no existe.

—El virus... —Pierre Brossard rió con expresión irónica, fija la mirada en su ruta—. ¿El lo describió exactamente así, Denise?

—*Sí,* así fue: *virus*... Un virus de otro mundo...

—Entiendo. Es lo que tú dices. Obsesiones, ideas confusas... A pesar de ello, ¿sigues decidida a separarte, vas a continuar adelante con esto?

—No hay otro remedio, Pierre —suspiró ella—. No tengo ya fe en Marcel, ni espero nada de él. Nada que no sea su profesión, sus manías, sus horas intensivas de labor médica, su alejamiento constante, o indiferencia por

mí, por el hogar por nuestra vida en común... Ya es tarde para rectificar. Haga lo que haga, no logrará convencerme de nada de lo que ha dejado de ser para mi artículo de fe, Pierre.

—Magnífica chica. Valiente y leal como pocas —sonrió Brossard, sin dejar de manejar el volante semicircular de su turbomóvil, pero rodeando los hombros de ella con su brazo derecho—. Sí, magnífica de veras, Denise. Creo que por eso te amo, pequeña.

Siguieron adelante, hacia Neuilly. A la altura de la Avenue Roule, Pierre dobló por el «bulevar» Pereire, avanzando paralelo a la línea férrea subterránea, hasta la avenida de Villiers, y allí giró, hasta detenerse frente a una residencia típica de cien años atrás, cuando en 1910 se utilizaba el cromo, el cemento y el vidrio como partes integrantes de la construcción, antes del período de las materias plásticas compactas. La residencia en cuestión, rodeada de altos setos que formaban un laberíntico jardín, se hallaba en Rue Bayen, cerca de Saint Cyr.

—Mi casa —suspiró Pierre, risueño—. Y la casa de mis padres, querida. La tuya también, por supuesto...

—Gracias, querido —murmuró ella con voz suave—. Espero que pronto tengamos la nuestra, la que sea propiedad de ambos...

—¿Seguro que no te arrepentirás nunca?

—Seguro —dijo Denise, con ojos sombríos. Le besó en la mejilla, luego abrió la portezuela y saltó al exterior—. Vamos, allá, Pierre...

Empezaron a cruzar sendas entre altos setos, auténticos corredores verdes, angostos, de elevados muros de vegetación, hacia la vivienda central, nada más franquear la entrada y dejar el turbomóvil de Pierre en un claro.

—Espero que mis padres estén listos —sonrió Pierre, durante el camino—, Esperan con mucha ilusión este día. Ansían verte, querida.

Denise asintió, risueña, contemplando la edificación, el reflejo vivo, centelleante, del nublado sol en las vidrieras de la fachada. Cogida de la mano de Pierre, avanzaba confiadamente, olvidando problemas y angustias íntimas, hacia la familia que iba a ser la suya, cuando las últimas ataduras con Marcel quedaran rotas. Definitiva, totalmente rotas.

Pierre abrió la puerta de entrada con su llave. Denise entró en el amplio vestíbulo, alegre y luminoso, de cromados muebles metálicos, con asiento de esponja roja los divanes y butacas.

—Espera aquí, querida —murmuró Pierre, escuchando atentamente—. Al parecer mis padres deben de estar al fondo de la casa. Seguramente no nos esperaban tan pronto.

Se alejó por el corredor, de bruñido. Denise se quedó sola. Se sentó.

Inclinose. Sobre una mesita de centro, reposaban revistas ilustradas. Y los diarios. Comprobó que estaban todos los más importantes de París, en su edición matinal.

Sintió curiosidad por conocer la noticia relativa a Marcel. La buscó. Hojeó un diario, sin hallarla. Luego, probó con otro. Y otro, y otro... Pierre tardaba en volver, y Denise, intrigada, no había hallado todavía la noticia. De nuevo inició el repaso.

El repaso fue el mismo. Nada. Ni la menor alusión Pensativa, dejó los diarios. Debía de salir en alguna otra publicación de poca monta. Pero le intrigaba. Quería leerla.

Echó la mano al teléfono cromado, de metal y plástico verde, que reposaba sobre el cristal de la mesita. Marcó el número de la Prefectura de Policía.

—Por favor —pidió, una vez establecida la comunicación—. Soy la esposa del doctor Marcel Bernard, de la clínica del doctor Noel. Creo que ha salido una noticia en la Prensa hoy, sobre mi esposo, y cierto error que cometió, al denunciar una alucinación. ¿Podrían informarme sobre el diario en que aparece tal noticia, por favor?

—No creemos que aparezca en diario alguno, señora —respondió más tarde el comisario a quien pasaron la demanda—. No hemos informado a la Prensa. A no ser que su propio esposo lo haya hecho, el incidente de ayer ha sido archivado con denuncias de embriagados, enfermos, etcétera, sin mayor trascendencia. ¿Por qué había de publicarse?

—Gracias —musitó Denise, colgando el receptor.

Se quedó rígida, pensativa, confusa. No había salido la noticia, según la policía. Entonces, ¿dónde la leyó Pierre?

Incorporose, avanzando por el corredor, en busca de Pierre. Tardaba mucho. La casa parecía desierta, demasiado silenciosa. Al menos, hasta que estuvo cerca de la parte posterior del edificio, asomado a otro jardín frondoso y laberíntico, como el de delante.

Allí escuchó voces. Una era la de Pierre. La otra parecía la de un hombre también joven. No daba la impresión de pertenecer al padre de Pierre.

—...será mejor que vuelvas con ella —decía esa voz—. Tu novia puede impacientarse.

—Ya esperará. Jean, tenemos que hacer algo. Y pronto.

—¿Por qué esa impaciencia? Yo nada puedo hacer. Aquí soy tu mayordomo. Nada más.

—Pero ¡Denise espera ver a mis padres! ¿Lo entiendes, Jean? ¡Y ahora

resulta que ellos se han ido! ¿Dónde pueden estar?

—No lo sé, Pierre, Uno nunca sabe, tú entiendes. Cuando sentimos apetito... hemos de ir a cualquier lugar. Donde uno de nosotros pueda nutrir al otro con su materia, antes de recomenzar la floración...

—¡Oh, diablos, ya sé eso, Jean! Aunque parezca tan humano como tú, hable como tú y como cualquier otro, y me comporte como cualquiera... soy un *Virus*. TODOS LO SOMOS. Y lo malo es que el doctor Bernard LO SABE. Nos llama VIRUS, Jean. *Virus de otro mundo*.

—Nos ha identificado...

—Sí, maldito sea. ¡Y no podemos hacer nada! Uno de los nuestros tuvo que escapar de su proximidad. Es inmune a nuestro contacto.

—Pero eso no durará siempre.

—Claro que no. No puede durar mucho. Sólo por descuido suyo está inmunizado, sin saberlo. Lo mismo que su esposa.

—¿Eh? ¿Ella no puede... NO PUEDE SER CONTAMINADA AHORA?

—¡No, maldita sea! —aulló la voz de Pierre Brossard—. Ella lo ignora, incluso, en situación de peligro. Pero no puede ser contaminada... a no ser que la convenzamos de algo. Yo lo intentaré, Jean. Lo intentaré como sea.

—Vuelve pronto con ella. Tus «padres» volverán de un momento a otro, cuando alguno de «nosotros» les pueda alimentar, cuando exista la suficiente materia para nutrir sus células...

Denise estaba retrocediendo. La voz se perdía ya, tras la vidriera del jardín posterior.

Una lividez mortal, un temblor convulso, sacudía a la incrédula, horrorizada Denise. La estupefacción, el asombro, la angustia, formaban un dogal de hierro en torno a su cuello. De súbito, con un golpe terrible, violento, se hallaba frente a la verdad.

Una verdad horrenda. Una verdad demoledora, inaudita, increíble.

¡Marcel tenía razón! ¡Marcel había visto un Virus vivo, inteligente, llegado de otro mundo! ¡París entero comenzaba a estar saturado de la terrible epidemia secreta, de la INVASION SILENCIOSA DE SERES LLEGADOS DEL ESPACIO, AJENOS AL PLANETA TIERRA!

Marcel había visto algo real, cierto... ¡*Ellos* se devoraban unos a otros! ¡*Ellos* tenían aspecto humano en apariencia, aunque por dentro fuesen **otros seres** los que dominaran su cerebro, su alma, sus tejidos vitales! ¡Y unos nutrían a otros, a base de sus propias floraciones virulentas, para continuar luego reproduciéndose, dentro de una envoltura humana, en nuevas bacterias o virus, capaces de dar fuerza

y poder a otros!

Denise retrocedió tambaleante hasta la salita. Abatiose, convulsa, estremecida, casi a punto de caer, sobre el teléfono. Lo descolgó, llamó desesperadamente a un número que conocía bien, pero que tuvo que marcar tres veces, de puro nerviosismo.

—Aquí hospital Noel —dijo una voz impersonal—. ¿Quién llama, por favor?

—Urgencia. Doctor Bernard. Marcel Bernard, cirugía y medicina. Soy su esposa Denise. Es muy urgente. |Cuestión de vida o muerte!

—Un momento, señora Bernard. Creo que hay una operación arriba. La pondré, sin embargo.

Una pausa. Interminable, atroz. Denise miraba atrás, al corredor silencioso, desierto. Pierre volvería pronto. El que ella creyera que era Pierre... y era sólo una reproducción, un remedio humano, atroz y monstruoso. ¡Un virus mortal para los humanos!

Los segundos se hicieron siglos. Fue corta la espera, pero jamás lo pensó así Denise. Al final, una voz femenina habló por el teléfono:

—¿Dígame? Aquí sección de cirugía del doctor Noel...

—¡Por Dios, necesito hablar al doctor Bernard! ¡Soy Denise, su esposa!...

—Oh, señora Bernard... Lo siento, pero su esposo no puede ponerse.

—¿Por qué? ¿Por qué?... —se desesperó ella, estrujando el teléfono entre sus dedos.

— Una operación urgente. Está en el quirófano.

—¡Esto también es urgente! ¡MUY URGENTE!

—Bien. Dígame de qué se trata. Le avisaré en cuanto termine, se lo prometo. Soy la doctora Duprez, colaboradora de su esposo.

—Doctora Duprez. Por Dios... —suplicó Denise con voz quebrada—. Hable... hable en cuanto pueda con mi marido. Dígale... dígale que le creo. Que ahora SE que es verdad... Y dígale que Pierre... que Pierre Brossard... es un virus. El me entenderá. Dígaselo, por Dios. Y dígale que venga en cuanto pueda, a casa de Brossard... ¡Es cosa de VIDA O MUERTE! A pesar de que, según «ellos», Marcel y yo estamos inmunizados por ahora, a causa de un descuido nuestro... DIGASELO EN SEGUIDA! ¡Es muy importante, doctora!

—La entiendo, señora Bernard —dijo gravemente la doctora—. Esté tranquila. Voy a llamarle. Sé de lo que se trata amiga mía. Iremos en seguida para allá. Con otros médicos... y con la policía.

—¡Oh, Dios sea loado, gracias por creerme! —jadeó Denise, a punto de llorar histéricamente—. ¡Gracias, gracias!...

Colgó con un golpe seco. Luego, se volvió. Un escalofrío sacudió su ser. Contempló con ojos de horror infinito al sonriente Pierre Brossard que se movía por el pasillo, deportivo y jovial como siempre, como el VERDADERO Pierre hacia ella.

—Todo resuelto, querida —dijo Pierre risueñamente, cada vez más cerca de ella—. Mis padres acudirán en seguida a verte. Ven, ¿quieres? Puedes pasar al tocador, al baño si lo deseas. Me dijiste que querías ducharte, ¿recuerdas, querida? Yo esperaré...

Denise tembló, con los ojos desorbitados, con una palpitación violenta de su corazón. Entendió. Entendió en seguida.

Porque ella *jamás dijo a Pierre que deseaba ducharse,* estaba segura de eso. Lo pensó, pero no llegó a formular la petición.

Ahora creía saber por qué. Por qué ella y Marcel eran inmunes a la acción del virus.

Pero no podía avisarle a él. No podía gritarle la alarma, impedir que hiciera lo que podía ser fatal... Sólo si llegaba lo bastante pronto, si la doctora Duprez lo avisaba ahora mismo.

Era su esperanza. Su única esperanza. Pierre Brossard, ahora un simple virus inhumano y alucinante, estaba ya muy cerca de ella.

* * *

La doctora Duprez colgó el teléfono. Se quedó contemplándolo con expresión pensativa.

Luego, habló lentamente para sí, en el silencio de su despacho de la Sección de cirugía y urgencia de la clínica del doctor Noel:

—Pierre Brossard... es un virus. Y la señora Bernard está en su poder ahora. Y ella, precisamente ella, SABE por qué Marcel y ella son inmunes por eI momento a NUESTRA ACCION... ¡Pobre imbécil!

Rió agudamente, mirando al teléfono silencioso. Luego musitó para sí:

—¡El doctor Bernard nunca sabrá que le has llamado, Denise Bernard! ¡Nunca sabrá lo que tú tienes que decirte...! ¡PORQUE CUANDO TERMINE SU OPERACIÓN, YO DEBO INOCULARLE! El doctor Bernard nunca sospechará que yo, la doctora Duprez, SOY UN VIRUS dispuesto a hacerle UNO DE LOS NUESTROS.

Una risa seca, maligna, curvó los labios de la mujer que aparentaba ser la doctora Duprez... pero que ya había dejado de serlo... para convertirse en otro virus.

CAPITULO
7

¡EL VIRUS ATACA!

CANSADO, doctor Bernard?

—Sí, mucho... —suspiró Marcel, quitándose la mascarilla y los guantes—. Al menos esta vez se trataba de un ser normal, doctora Duprez. No había floraciones en ninguna parte. Me cuidé mucho de comprobarlo.

—Le comprendo, doctor. También salvó su vida, y eso significa mucho... —la doctora le limpió la frente con un paño—. Está bañado en sudor. Y le arde la piel. ¿Quiere oírme un consejo, doctor Bernard?

—De usted, siempre —sonrió él, con aire de fatiga.

—Dúchese, báñese o haga lo que sea, pero relaje sus nervios, calme su fiebre y refrésquese un poco. Cuando salga de la ducha, se sentirá como nuevo...

—Sí, creo que es lo que haré en cuanto llegue a casa... —suspiró Marcel.

—No, no. Nada de esperar a casa. Aún tiene un par de horas de servicio, y debe mantenerse sereno. Ande, vaya a las duchas. Lo necesita, amigo mío...

Marcel, ayudado por ella, se incorporó. Afirmó con la cabeza, caminando pesadamente.

—Sí, gracias — murmuró, con aire vacilante—. Creo que lo necesito... y mucho.

Echó a andar como un sonámbulo por el corredor. Se encaminó a los servicios de lavabos, duchas y baños de aquel piso. Detrás de él, la doctora Duprez le contemplaba, con expresión afable, preocupada.

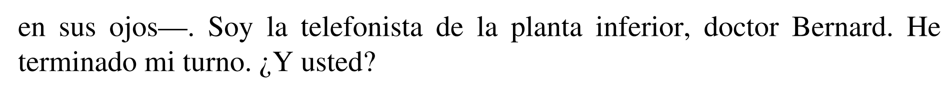
Bernard llegó a la puerta de los servicios de ducha. La abrió, desabotonando su bata. Sonaron pasos en el corredor. Se volvió. Una enfermera de blanco uniforme avanzaba con rápido taconeo. Le sonrió, tendiéndole la bata que usara en su operación.

—Por favor, ¿quiere dar esto a la doctora Duprez? —pidió cansadamente—. Lo olvidé por completo...

—Claro, doctor Bernard —sonrió la joven—. No soy enfermera, pero lo haré.

—Oh, gracias. Y perdone la confusión...

—No tiene importancia —ella le sonrió dulcemente. Había cierto interés


en sus ojos—. Soy la telefonista de la planta inferior, doctor Bernard. He terminado mi turno. ¿Y usted?

—No, todavía no —sonrió Marcel con cansancio—. No tengo esa suerte, jovencita.

—Yo creí... yo creí que terminaría, después de la llamada de su esposa —dijo la telefonista, sorprendida.

—¿Mi esposa? —Marcel enarcó las cejas—. ¿Ha llamado?

—Sí. Dio el recado a la doctora Duprez. La puse con ella, porque usted estaba en el quirófano...

—Bien, gracias. Luego preguntaré a la doctora Duprez de qué se trata. Debió olvidarlo. No sería nada importante.

—¿No? —la telefonista enarcó las cejas, cuando Marcel se metía ya en las duchas—. Es raro... Su esposa dijo varias veces que... *era cosa de vida o muerte.*

Bernard se quedó rígido. Giró la cabeza, sorprendido, a medio desabotonar su camisa. Clavó los ojos en la telefonista.

—¡Un momento! —pidió, con voz tensa—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Bueno, yo... —ella enrojeció—. Perdone si escuché lo que hablaban, doctor. No acostumbro a hacerlo, aunque si usted informa a la Dirección, me será difícil convencerles. Pero el acento desgarrado, el temor que adiviné en su esposa, la angustia de su voz... me hizo escuchar. Lamento mi falta y le ruego que...

—¡No se preocupe ahora de eso! —gritó Marcel, corriendo a ella, aferrándola por un brazo—. ¡Lo que cuenta es lo que oyó! ¿Qué le ocurría a mi esposa, qué dijo ella?

—No... no era muy inteligible, doctor —musitó la telefonista, nerviosa—. Habló... habló de un virus... Dijo que ahora sabía que usted tenía razón... Y que Pierre, un tal Pierre Brossard, «era un virus»...

Galaxia 297 — 2

—¡Dios mío, NO! —gimió Marcel, lívido como un muerto.

—También... también dijo... que acudiera a casa de Brossard, donde ella estaba. Que era cosa de vida o muerte, y usted entendería... Ah, y que ella y usted están inmunizados, aunque lo ignoren... por un descuido de ustedes...

—¿Inmunizados? ¿Por un descuido? —jadeó Marcel, estupefacto—. ¿Seguro que oyó bien?

—Sí, sí, se lo juro. Lo copié taquigráficamente, por si acaso. Claro que no tenía mucho sentido, y si la doctora Duprez no le ha dicho nada, es

porque... porque no tiene la importancia que su esposa parecía darle, ¿verdad, doctor?

Marcel no respondió. En vez de eso, arrancó la bata blanca a la telefonista, que le miró con asombro.

—Traiga eso, muchacha —masculló Bernard—. Será mejor que no entregue esto. ¡No debe acercarse siquiera a la doctora Duprez! ¡Hágame caso y váyase del hospital! ¡Aquí dentro hay una epidemia mil veces peor que el cólera o la peste! ¡Aléjese cuanto pueda, enciérrese en casa, y no deje que nadie se acerque a usted! Es el mejor consejo, la única forma en que puedo pagarle el enorme favor que me ha hecho al hablarme de eso...

Tiró la bata dentro de la ducha. Cerró la puerta. Clavó los ojos en ésta, mientras la telefonista de blanco uniforme, con expresión de terror, corría hacia los ascensores impulsada por la orden escueta y terrible de Marcel.

Este seguía mirando la ducha. Recordó algo, una frase de Denise, en casa: «...No tengo tiempo de ducharme. Me has retrasado. Lo haré más tarde...»

Luego, la doctora Duprez. La doctora Duprez, inconsciente cuando él salía del frigorífico, buscando el rastro del virus gigantesco... que no apareció. *¡Ella era el virus!*

Fue atacada, absorbida... y convertida en un monstruo. Ya no quedaba nada de la auténtica doctora Duprez. Esta de ahora era una envoltura física rellena de floraciones.

Y ella, que recibió el mensaje apremiante de Denise... no lo comunicó. En vez de eso, le envió a ducharse. *¡Ducharse!*

Denise y él... Inmunizados por un descuido. ¡La falta de limpieza corporal en las últimas horas! ¡No se habían duchado! Pero... ¿podía eso... podía algo tan absurdo...?

La luz hirió la mente de Marcel Bernard. Ellos volvían de la costa. Directamente de la orilla del mar a París. Recordaba bien el último baño en la playa, ya con el «Citroen» a turbinas parado en la carretera, con los equipajes listos, a punto de regresar...

¡Salitre!

El agua del mar tenía sal. Aquel salitre, adherido a los poros de su cuerpo, a su epidermis toda... *¡les inmunizaba del virus!*

Era preciso, por tanto, que se ducharan. Preciso para... el virus, claro. Para la materia cancerosa, virulante y terrible, llegada de sólo Dios sabe dónde.

Pierre Brossard, quizá sus padres, sus amigos, sus parientes, su sirviente... La doctora Duprez, Philip, el de los laboratorios, acaso el propio doctor Noel, otros compañeros médicos, enfermeros...

¡Todos eran virus!

Quizá todo París, pronto todo Francia... ¡Y así, el mundo entero! La invasión en marcha. Una terrible, silenciosa, solapada invasión. No había medio de *saber*... de identificar al «extraño», al enfermo, al ser convertido en parodia, en imitación alucinante del ser humano...

Se lanzó vertiginosamente escaleras arriba. En la planta superior, ocupó un ascensor que paraba allí. Descendió hasta la planta inferior. Salió del ascensor, miró en torno, con expresión angustiada...

La nueva telefonista le vio. Se irguió, detrás del mostrador de la centralilla. Le miró fijamente. Demasiado fijamente, Marcel se mantuvo en guardia. De otro corredor, emergió un médico. Se paró, como si algo o alguien le dijera que debía hacerlo.

Volvió la vista hacia él. También a la telefonista, que le señaló a Marcel sin palabras. El médico afirmó con la cabeza, avanzó, cubriendo la salida, alzando un brazo con expresión risueña, respetuosa:

—Doctor Bernard, le llaman de arriba. ¿Adonde va? Hay otra operación por...

Marcel le apartó de un empellón violento, cuando llegó hasta él. El joven médico trató de aferrarle, pese a que se tambaleó, a punto de caer. El doctor Bernard era demasiado hábil y rápido de ideas y movimientos.

No logró aferrarle. Y en vez de ello, un segundo impacto de Bernard, le arrojó contra la pared, donde chocó aparatosamente. La telefonista gritó algo. Dos enfermeros acudieron rápidamente, mientras Bernard corría a la salida, empujaba con furia la gran vidriera, saltaba a los escalones que conducían abajo, a los jardincillos que rodeaban el moderno, funcional edificio de la clínica del doctor Noel.

—¡Eh, doctor Bernard! —gritó alguien a su espalda—. ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Vuelva! ¡Vuelva, doctor! ¡Tiene que volver! ¡Le llama el doctor Noel!

¿Y qué le importaba a él eso? ¿Qué podía importarle ahora le doctor Noel, qué le importaba nada, ahora que estaba encarado de verdad, abiertamente, al terrible peligro?

No era él, no era su vida, su seguridad. Era Denise. Denise, su esposa. Ella estaba en peligro. Ahora, ella sabía la verdad, ella era tan peligrosa como él mismo, para la seguridad del virus sobre la Tierra...

Ahora, urgente, apremiantemente... ellos tenían que morir. Tenían

que ser *absorbidos*. Y ser absorbido, significaba la muerte. Una muerte mil veces peor que cualquier otra imaginada por el hombre. Era seguir viviendo en apariencia... pero ocultando bajo la piel un cerebro enfermo, hediondo, un alud de virus vivientes, astutos, en acecho, dispuestos a seguir extendiéndose, a alimentar a sus hermanos de especie, para que la epidemia—invasión siquiera adelante, para que la Tierra fuese pronto un mundo enfermo y, finalmente, un mundo de mortal silencio, sobre el que se extenderían los detritus y bacterias de... de aquel otro mundo, de aquel otro lugar en el espacio, de donde llegara la plaga atroz, estremecedora y horrenda.

Alcanzó su «Citroen» a turbinas. Saltó al volante, puso en marcha el vehículo, sin dejar de pensar, de preguntarse lo que podría estarle ocurriendo ahora a Denise, en la casa de Brossard. Sólo sabía que tenían su residencia en Neuilly, en algún punto cercano a Saint Cyr.

Pero ¿dónde? Buscar la villa de los Brossard podía llevarle horas. Y, mientras tanto... ¿qué sería de Denise?

Aceleró la marcha del «Citroen», aunque ello infringiera las normas del tráfico. Se lanzó vertiginosamente a través de la ciudad, en una lucha desesperada, sorda, contra el tiempo y contra todo y todos...

No podía recurrir a la policía. No le creerían. Eso, si entre la policía no estaban ya «ellos»...

Por la misma razón, le era imposible apelar al Ejército, al Gobierno. Cuanto más alto fuese el recurso, menos fe en su palabra encontrarían. Y más facilidad de que el virus hubiese ya tomado los puntos—clave del Gobierno, de control, para su posterior golpe decisivo, haciéndose amo total de la vida humana en París.

No. No podía esperar nada de nadie. Sólo de sí mismo, de Denise, que también *sabía* ahora... que había, incluso, averiguado por qué se hallaban inmunizados.

Pero la inmunidad duraría tan poco... No podían mantenerse indefinidamente sin borrar el salitre de su piel, sin lavarse con agua dulce. Y aunque evitaran esto, el salitre desaparecería por sí mismo. Entonces, estaría abierta la puerta.

Abierta para «ello». Dando paso al virus...

* * *

El agua corría.

Copiosa, tras la cortina plástica de la ducha, con su alegre estampido. Se podía percibir, aun sin ver a la persona que se duchaba, el golpeteo del agua fresca, dulce, sobre unas espaldas desnudas. El agua siempre tenía un sonido especial cuando corría en torrente sobre un cuerpo, y no sobre las baldosas o la piedra, blanca o azul de la pileta.

Aun a través de una puerta cerrada se podía percibir eso. Y Pierre Brossard lo percibía nítidamente. Mientras pegaba el oído a la cerrada puerta de la ducha, escuchando atentamente, una sonrisa maligna, triunfal, distendía sus labios.

Era el triunfo. Su triunfo. Denise estaba perdiendo su inmunidad. Iba a ser accesible. Cuando saliera de la ducha, el salitre de su cuerpo habría desaparecido. Y Brossard podría... podría *absorberla*.

Mientras tanto, era imposible. El contacto de los organismos vivos, de los corpúsculos diminutos, vivos, poderosos, que formaban su ser interior, con cualquier superficie salitrosa, significaría la muerte inmediata de *todos* los virus.

Nada sino el salitre podía combatirle. El poder corrosivo de la sal era superior a ningún otro enemigo. Pierre Brossard, el «actual» Pierre Brossard sabía eso. Lo sabía muy bien, porque *todos* tenían que saberlo. Las ideas se difundían de unos a otros.

Eran una familia bien avenida. Una «gente» de peculiar cohesión, de afinidad singular. Su ventaja era ésa. Los humanos nunca podrían ser una muchedumbre tan compacta, tan uniforme y tan unánime como «ellos».

Pero la gran maniobra no había hecho más que empezar. Tras un estudio de siglos, el ataque. La invasión. Ahora, nuevamente, años enteros para ir extendiéndose sobre la faz terrestre.

París, Nueva York, Berlín, Tokio, Melbourne, Madrid, Pekín, Moscú, El Cairo, Johannesburgo, Buenos Aires, Brasilia... Eran los primeros objetivos. Ya había «agentes» en todas partes. Los gérmenes de choque trabajaban activamente. Hombres, mujeres, niños, animales, insectos... Todo tenía que ser absorbido, ganado para el Ejército silencioso de la guerra sin ruido ni sangre.

«Ellos» eran débiles. Pero entonces, los más fuertes, cuando la «floración» se hallaba en su apogeo, nutrían a los debilitados. Seguía el desarrollo. La autonutrición entre sí, mantenía a todos en pie. Era lo que Marcel Bernard descubrió tan inoportunamente en casa de los Michel...

Luego, en la tumba del muchacho, ya sólo estaba el cuerpo que los gérmenes ocuparon. El virus estaba ya en los padres, se multiplicaba y

extendía a otros muchos. El cuerpo abandonado, ya no era útil. No servía de nada. Cualquiera lo hallaría tal y como fue siempre, antes de la invasión. A excepción de su cerebro. El cerebro tenía que ser devorado, absorbido por los gérmenes. Era el primer paso para llegar a la victoria final...

Pierre Brossard, el «actual» Pierre, aquella masa de virus cubierta de epidermis humana, con voz y movimientos humanos, dejó de pensar. Frunció el ceño. Dentro de la ducha, el agua seguía cayendo, golpeando el cuerpo encerrado tras el plástico.

Denise tardaba mucho. Brossard se impacientaba. Golpeó con los nudillos en la hoja de madera. Llamó con su voz más dulce y respetuosa:

—Denise... Denise, querida... ¿No estás lista todavía?

Agua. Sólo agua, golpeando un cuerpo. Nada más. No hubo respuesta. Repitió la llamada, con igual resultado. Se inquietó. Había algo raro allí. Y no sabía lo que era. Sus millares de «mentes» internas le avisaron. Algo funcionaba mal.

Se agachó, ojeó por el agujero de la cerradura. Vio la cortina plástica, la sombra detrás, recibiendo el agua que caía de la ducha. Se calmó. Pero sólo por un segundo. De nuevo volvió a recelar. Aquella sombra inmóvil, tras la cortina de plástico opaco...

Pierre Brossard cargó contra la puerta. Súbita, violentamente. Necesitó dos tremendos empujones para arrancarla de sus goznes y abrir. Entró como un huracán en e! baño. Tiró a un lado de la cortina plástica, horriblemente crispada su faz, con una expresión diabólica en sus ojos desorbitados.

—¡Denise! —rugió, al saltar la cortina, y el agua salpicarle las ropas, con violencia...

Se derrumbó la grotesca figura formada con dos taburetes superpuestos, y algunas ropas de Denise, así como la toalla de baño, sobre la que caía el agua, golpeando sordamente, como sobre una espalda humana.

—¡Maldita! —aulló, girando la cabeza, como enloquecido—. ¡Me engañó! ¡Ella *sabe*...!

Sus ojos desorbitados, inyectados en sangre, fueron a parar a la ventana. Abierta, mostrando roces en el esmalte de su alféizar... Y más allá, el jardín laberíntico, con sus muros de verde hierba, el cielo azul del día.

Corrió a la ventana, se asomó... Denise no aparecía por parte alguna. Pero Brossard estaba seguro de que no podía haber huido aún. Se habría perdido, tal vez, en los laberínticos senderos entre altos setos...

Corrió de nuevo al interior de la casa, gritó con voz destemplada:

—¡Jean, Jean! ¡Ella se ha ido! ¡Ella ha descubierto algo! ¡Hay que

cazarla! Esté donde esté... *Hay* que darle caza, hacer que se destruya, si no podemos nosotros lograrlo! ¡Sabe que no debe bañarse con agua dulce, es evidente! ¡Si se reúne con su marido, constituirán un serio peligro! ¡Cualquiera podría creerles... e intentar nuestra destrucción total!

Jean apareció a la carrera. Se reunió con él. La misma malévola, despiadada expresión, emergía en los ojos dilatados, fríos, secos, incapaces de llorar, porque «ellos» no lloraban, no sabían lo que era sentir o sufrir...

—No debemos permitir que huyan —habló el falso Jean, criado de los auténticos Brossard... cuando eran los Brossard—. ¿Avisamos al «Núcleo Uno»?

—¡No! —aulló Brossard—. No, eso no... No todavía. Nosotros hemos de hacerlo. Sólo cuando todo se haya apurado... recurriríamos al «Núcleo Uno», en caso de haber fracasado...

—Está bien. ¡No perdamos más tiempo! Los Bernard son nuestro único peligro evidente, los únicos que podrían avisar al mundo, señalar nuestro modo de perecer o ser aislados.

Los dos hombres —que en realidad no eran tales— se lanzaron hacia los jardines. Cada uno por un lado, en busca de Denise que, según los cálculos de Brossard, no podía haber hallado la salida del laberinto de vegetación, abandonando la residencia.

Y lo peor para Denise, es que Brossard estaba en lo cierto. Ella se hallaba aún en el laberinto verde, buscando la salida desesperadamente, sabiendo que era su única esperanza de seguir con vida, lejos del virus y de su horror.

Estaba en juego algo más que su propia vida y por eso la joven, horrorizada, intentaba escapar.

CAPITULO 8

EL ACOSO

DIO de bruces contra uno de los muros verdes. Los arbustos rozaron violentamente su rostro, arañaron la piel. Retrocedió, jadeante, convulsa. Había creído que a la vuelta de aquel seto, se hallaba la salida. No era así. Otro muro le impedía el paso. Y así una vez, otra y otra...

Se hallaba cercada, inmersa en un mundo de verdor asfixiante. No había escapatoria posible. Sólo Pierre Brossard debía conocer la salida. Y ahora, él era uno de «ellos». No podía recurrir a su ayuda. Precisamente tenía que huir de él, de otros como él.

Desesperadamente, corrió en sentido inverso. Le llegó una voz, un grito ronco, de algún lugar no lejos de ella:

—¡Debe de estar en la zona segunda! ¡Voy por ese lado!...

Se detuvo, lívida. Tomó aliento, echando a correr en dirección opuesta, buscando la fuga nuevamente. Pero en vano. Porque otra vez, el nuevo sendero entre setos, terminaba en un recoveco sin salida, que la forzó a regresar al anterior, para buscar otra escapatoria.

Era una terrible, estremecedora lucha contra el tiempo, contra los obstáculos naturales, que los auténticos Brossard o sus antecesores en la propiedad de la finca de Neuilly, jamás imaginarían que iban a servir de cepo mortal a una mujer desesperada, sola y llena de terror.

Denise giró en torno a uno de los setos. Un chillido de horror asomó a sus labios convulsos. Retrocedió, rápida, desorbitando sus ojos. Jean, el criado de Pierre, estaba ante ella. Su mirada había tenido un destelleo maligno al descubrirla.

—¡Ya la tengo! —rugió—. ¡Brossard, acuda pronto! ¡Ella está aquí!...

Denise corrió de nuevo, aunque ahora sabía que era más inútil que nunca. Se lanzó como una flecha hacia el nuevo sendero. Detrás suyo, los pasos veloces, precipitados, de sus dos perseguidores, le revelaban nítidamente la proximidad creciente de aquellos dos terribles enemigos, de aquellos dos entes de pesadilla, disfrazados bajo una humana apariencia...

Las distancias se acortaban. El ardid de la ducha había resultado inútil.

Podían golpearla, reducirla de algún modo, pese a su actual inmunidad. Ellos, con su apariencia humana, podrían acercarse, atacarla, aunque no absorberla. Pero ahora, lo que al virus le interesaba era matar, silenciar para siempre a Denise Bernard...

Llegó a una especie de plazuela, de la que partían hasta cuatro senderos en abanico, todos entre altos setos, tan altos que impedían ver cuál era el sendero definitivo, el que conducía al exterior...

Por su derecha, llegó sonido de pasos. Giró la cabeza, asustada. Otros pasos llegaban de la izquierda. ¡Estaba cercada! «Ellos» llegaban por dos lados, la acorralaban, hasta apurar sus posibilidades.

Denise pensó rápidamente. Cualquier sendero podía ser el de la salvación. O el de la muerte. ¿Cómo atinar con el único entre cuatro? El diabólico jardín—laberinto, iba a significar el desastre, la gran ruina. No sólo de ella, de Marcel... sino del orbe entero.

Avanzó rápida hacia la desembocadura de los cuatro corredores entre setos. Aún vaciló un instante, antes de internarse por el segundo de los de su derecha. Y esa vacilación le salvó la vida. Al menos por el momento.

Denise, parada a la entrada del sendero, oyó el zumbido de un motor a turbinas, en alguna parte, al otro lado de la muralla verde. Luego, carreras, voces llamándola:

—¡Denise, Denise! ¿Dónde estás, Denise querida? ¡Soy Marcel!...

Denise, dilatados sus ojos, incrédula ante la voz anhelada, que ya no esperaba oír de nuevo, giró la cabeza, escuchó, trató desesperadamente de localizar su origen.

—¡Marcel! —gimió—. ¡Oh, Marcel...!

Clavó los ojos en el último sendero, a su izquierda. Por allí llegaba la voz. Echó a correr, eludiendo los demás caminos, se lanzó jugándose el todo por el todo, por el que creía haber oído a Marcel. Era simple corazonada. Un laberinto engaña. Podía provenir de otro lado... y entonces, todo estaría perdido.

Pero no importaba. Nada importaba ya, a aquellas alturas. Era una carrera a vida o muerte. Y en ese tramo final, se decidía todo. Vivir o morir.

Marcel Bernard seguía llamando, llamando. Y mientras tanto, corría por entre los setos, desde la entrada:

—¡Denise! ¡Denise! ¿Dónde estás? ¡Grita, habla! ¡Dime dónde te hallas!

Marcel había llegado a tiempo, pensó Denise, con un suspiro. Marcel no sabía cuál era la hacienda, pero quizá leyó el nombre de los Brossard en la valla, tras recorrer en uno y otro sentido aquella zona residencial parisina.

—¡Aquí, Marcel! —llamó Denise, con voz rota—. ¡Aquí! ¡ELLOS me persiguen! ¡Son dos; Brossard y un criado!...

Oyó un juramento furioso de Marcel. Luego, Denise percibió tras ella el rumor de pasos, con intensidad creciente. Más tarde, apareció un seto, cerrándole el paso. Un angosto cruce se adentraba por su izquierda. Lo enfiló, a la derecha...

—¡Marcel!

—¡Denise!...

Era el camino. Se habían encontrado. Se unieron en un fuerte abrazo. Marcel Bernard parecía cualquier cosa menos un médico. Iba en mangas de camisa, con una pistola automática de modelo reciente, en la mano. Denise no supo si las balas corrientes podían causar algún daño a un virus. Pero se sintió tranquila, segura, casi a salvo, cuando cayó en sus brazos, cuando Marcel la rodeó con su brazo zurdo, en tanto el derecho se mantenía por delante, apuntando al sendero.

—Calma, querida —musitó, besando sus cabellos ávidamente—. Voy a sacarte de aquí. Vamos, no podemos luchar contra «eso». Lo importante es que podamos salir vivos, que alguien nos crea...

—¡Tienen que creernos, Marcel! ¡Yo lo sé, lo sé igual que tú!

—No es tan fácil como crees. Pero siempre hay una esperanza. En cambio aquí... no hay *ninguna*. ¡Vamos ya!

Echaron a correr hacia atrás. Marcel no soltaba ya a Denise. Disparó hacia los setos, a su espalda, un par de veces. Sabía que los proyectiles nada harían a un virus extraterrestre. Pero armarían ruido, quizá intimidarían a sus enemigos, temerosos de ser descubiertos, de que alguien pudiera extender la voz de alarma...

—Oh, Marcel, fue horrible... —jadeó Denise por el camino—. Brossard... Pierre... es ahora uno de «ellos»... El verdadero Pierre... ha desaparecido...

—Sí, Denise. Y me temo que para siempre. Como la doctora Duprez...

—¡La doctora Duprez! —Denise desorbitó los ojos—. Pero ¡si ella tomó mi recado y...!

—Lo sé, lo sé. Pero no me lo comunicó. Todo fue casual. Gracias a una telefonista me encuentro ahora aquí. La doctora Duprez quería que me duchara...

—¡También Pierre me obligaba a eso! —jadeó Denise—. Yo creo... creo que es el...

—¿El salitre? —Marcel asintió gravemente—. Sí, creo que es el antídoto... Si pudiéramos llegar a nuestra residencia en la isla,

rodeados de mar por todas partes... *Estaríamos definitivamente a salvo.*

—Dios mío, Marcel. Es mucha distancia... Nos alcanzarían...

—No con eso —habían salido al claro de acceso a la residencia Brossard. Marcel apuntaba al vehículo descapotable de Pierre. Hizo fuego tres veces. Destrozó el volante, el tablier, agujereó el depósito del motor a turbinas.

—De cualquier modo, hay «otros»... —gimió Denise—. ¡Nos interceptarán, Marcel!

— Eso es más probable —saltó dentro del «Citroen» parado ante la verja, con el motor en marcha. Tiró consigo de su mujer y la acomodó junto a sí. Aferró el volante con una mano, puso el pie en el acelerador y arrancó vertiginosamente, mientras disparaba con la otra mano hacia atrás. Las balas rebotaron en la puerta metálica, haciendo retroceder instintivamente a Brossard y a Jean, que salían en aquel momento por la puerta del gran jardín residencial.

El «Citroen» voló materialmente por Saint Cyr, buscando la salida de la ciudad. Si alcanzaban la carretera de Normandía y Bretaña, quizá hubiera todavía oportunidades para ellos. Pero Marcel, crispado sobre el volante, endurecido su gesto, no alimentaba excesivas ilusiones.

Ahora, ellos eran dos. Dos seres unidos por algo más que el lazo matrimonial. Unidos por su terror, por la angustia vital de enfrentarse al horror latente, de vencerlo de alguna manera. Dos seres que luchaban por sus vidas, que necesitaban imperiosamente ver a algún miembro del Gobierno o algún alto jefe militar, científico o médico de la nación, para informarle del azote secreto que se abatía sobre la humanidad.

Ellos no podían defender al mundo. Eran demasiado débiles para eso. Pero podían dar el grito de alarma, poner en guardia a las gentes... si querían escucharles. Y la invasión siniestra, la epidemia terrible llegada de los espacios, se podría detener. Al menos en París. Si París era solamente un foco entre otros muchos dispersos por el mundo, lo importante sería comenzar en uno. Luego, sería otro, otro y otro...

El «Citroen» iba lanzado como un proyectil. Nadie les seguía. Eso permitió a Marcel una leve sonrisa de respiro. Pero era una sonrisa amarga, dura, inquieta.

—No podemos tener demasiadas esperanzas, querida —masculló—. El virus no nos dejará llegar hasta las autoridades o hasta la isla. Hará algo. No sé el qué, pero lo hará. Y nunca nos saldremos con la nuestra...

—Marcel hay que tener fe. Ahora soy yo quien te pide fe a ti...

—La tengo, Denise. Pero no somos superhombres. Sólo Dios puede

ayudarnos...

Ella asintió en silencio, la vista fija en el paisaje, que comenzaba a hacerse más y más campestre, a medida que avanzaban por los arrabales parisinos, hacia Versalles y Dreux, siempre en busca de la costa.

Una lucha desesperada, una carrera contra la muerte y el caos, de lo menos doscientas millas. Demasiada distancia hacia su isla pequeña y solitaria, en Saint Malo, enfrente del Canal...

Demasiada distancia hasta la salvación, la vida, la esperanza única de un Mundo enfermo de cáncer. El más terrible, oculto y maligno de los tumores...

* * *

Entre tanto, allá en Neuilly, Pierre Brossard y Jean se miraban, desolados, furiosos.

—Les perdimos...

—Sí. Hay que hacer algo. Y en *seguida*...

—Eso es. Hay que hacer algo. Ellos no *deben hablar*. No pueden salvarse... No veo otra solución que la extrema, la última que está en nuestra mano...

—¿El «Núcleo Uno»?

—Sí. El «Núcleo Uno»... —asintió Brossard—. Vamos a dar aviso ahora mismo...

* * *

El «Núcleo Uno» recibió el mensaje.

Procedía de los virus 3162 y 3174, en el Foco de París.

La llamada era de suma urgencia. El «Núcleo Uno» lo sabía. Lo captó en seguida, cuando su sistema telepático recibió las ondas emitidas:

«Doctor Marcel Bernard y su esposa Denise escaparon Foco ciudad. Ellos saben todo o casi todo. Están inmunizados por capa de cloruro sódico sobre su epidermis. Actúen inmediatamente. Se dirigen a la costa».

Los demás datos fueron puramente técnicos. Referencias de situación, de rumbo, de destino de los fugitivos, de acuerdo con el sistema planificado, minucioso, inexorable, que el virus llevaba a cabo.

El «Núcleo Uno» acogió aquellos datos. Sus registros automáticos lo grabaron y transmitieron a la correspondiente Sección.

La orden emitida por la Fuerza del «Núcleo Uno», fue tajante. La única que podía emitir:

Intercepten a los fugitivos. Como sea. Impidan que lleguen a la costa.

La orden fue transmitida en el acto. Miles de células virulentas lo recibieron en París y su comarca. Se extendió a las leves manchas infectadas de otras zonas de Bretaña y Normandía. Aislados gérmenes, bacilos dispersos por la geografía gala, en la gran ofensiva invasora, recibieron su correspondiente aviso.

De un curioso molesto, Marcel Bernard pasaba a ser un enemigo peligroso. Un hombre de ciencia que sabía demasiado. Y su esposa, Denise, de una escéptica muy conveniente para los planes del virus, había pasado a ser otro elemento ominoso para el plan.

Ambos habían de ser interceptados. O destruidos.

Y al «Núcleo Uno» le sobraban medios y recursos para algo tan simple.

Marcel y Denise Bernard no tenían una sola posibilidad entre un millón de llegar a las playas del Goldo de Saint Malo. Ni una sola.

Pero eso, ellos no lo sabían. Y aunque lo hubieran sabido, hubiesen luchado igual. El ser humano, cuando se sabe perdido, cuando nada tiene ya que perder, lucha con más fuerza que nunca. Aunque sea completamente inútil.

Como lo era ahora.

CAPITULO 9

«NUCLEO UNO»

QUE población era esa, Marcel? —preguntó Denise, angustiada, girando la vista atrás, a la pequeña ciudad que se perdía tras la polvareda levantada por las turbinas del veloz «Citroen» a turbinas.

—La Ferté-Macé —informó escuetamente Marcel.

—¡La Ferté-Macé! —exclamó Denise, sorprendida, esperanzada—. ¡Eso significa... que estamos cerca ya de la costa!

—Sí, Denise. Muy cerca. Después de Avranches, estaremos frente a las playas de Saint Malo.

—Dios mío. Y nada nos ha sucedido... Nadie ha logrado detenernos, Marcel...

—No confíes demasiado, Denise querida —susurró él, sin desviar los ojos de la carretera—. Ahora, en los últimos momentos, es cuando más fácil resulta tener el percance.

—Pero Marcel, «ellos» quedaron atrás...

—¿Quién sabe eso, Denise? «Ellos» pueden estar allí, pueden estar delante, en torno a nosotros... París, puede ser ya un tumor total, una epidemia colectiva de entes monstruosos. Y también Francia toda. No sabemos nada, apenas nada. Sólo sabemos que el cerco debe existir. Que si los virus, gérmenes, bacterias, microbios o lo que sean, son algo más que lo que aparentan, si realmente son una enfermedad inteligente y coordinada, que forma una invasión virulenta de la Tierra, tendrán sistemas de contacto, de comunicación, algo que les siga y coordina. En ese caso, Denise... nos interceptarán. En un sitio u otro, de cualquier manera, lo lograrán...

—Marcel... —Denise inclinó la cabeza, abatida— Oh, Marcel, no sé qué pensar de todo esto... Parece tan imposible, tan absurdo. Estar huyendo así... huyendo de seres que nos son familiares, de amigos... incluso de parientes...

—Sí, podríamos incluso huir uno del otro, si no supiéramos que algo nos inmuniza —sonrió Marcel gravemente—. Esos seres de quienes huimos, han dejado de ser realmente los que eran. No tienen ya nada en común. Yo

apreciaba y admiraba la eficiencia profesional de la doctora Duprez, su tacto e inteligencia. Ahora, no es nada. No es ella. Es... una materia fea y repugnante, envuelta en su piel de mujer.

—¿No te duele más aún? ¿No amaste nunca a la doctora Duprez?

—No, no la amé. Voy a serte sincero. Quizá es nuestra última oportunidad de sincerarnos, Denise. No te engañaría en estos momentos. Ya no somos los que volvimos de las vacaciones. Esto es distinto, Denise. Distinto a todo lo que vivió el mundo hasta hoy. ¿Me crees, por tanto?

—Sí, Marcel —suspiró Denise—. Sé que no mentirías... Acudiste a la casa, lo arriesgaste todo por mí. En vez de huir, de salvarte tú... viniste a por mí...

—Claro Denise. Sería estúpido esperar otra cosa. Yo... yo te amo. Te amé siempre...

—¡Marcel! —se inclinó, le rodeó con sus brazos, mientras

Marcel conducía sin parar, besando sus cabellos con una sonrisa—. Marcel querido, ¿cómo estaría tan ciega? Ha hecho falta algo terrible, para valorar tu cariño, tu lealtad, tu valor...

—Denise, sé lo que sientes ahora. Hablas defraudada. Has perdido a Pierre, porque ya no es el que tú amabas, sino un remedo, una imitación de ser humano...

—Marcel, no sigas hablando, por favor. Fui tonta en muchas cosas. Incluso en creer que amaba a Pierre. Cuando supe que era un... un monstruo... no sentí dolor, ni sufrí por él. Sólo pensé en ti. En ti y en mí, Marcel...

Bernard la miró en silencio. Movió la cabeza, virando una curva amplia, en torno a un promontorio, final de las estribaciones de las colinas normandas. Comentó sordamente:

—Dios mío, qué ciegos estuvimos los dos. ¡Qué ciegos, mi pequeña Denise! Tuvo que venir esto para quitarnos la venda de los ojos... —Se detuvo. Frenó en seco, con ojos dilatados. Señaló ante él, a la carretera que corría entre lomas y prados, camino de la costa, con el aire salino, marítimo, agitando ya los arbustos. Su rostro todo se crispó, apareció en él una expresión de vivo horror. Gritó roncamente, alzando su brazo, señalando con angustia hacia delante—: *¡Dios míos, Denise!¡Mira eso!...*

Ella miró, dilató sus ojos también, con angustia y desesperación. Aferró furiosamente a Marcel, le apremió:

—¡Vamos, vamos! ¡Tienes que seguir! ¡Hay que escapar de *eso!...*

—¡Imposible, Denise...! —suspiró Marcel Bernard—. Esperaba

algo así... Creo que la lucha, la fuga ha terminado ya... No escaparemos... *«Ellos» nos han cazado, Denise...*

* * *

Porque eran «ellos».

Marcel lo sabía. Estaba plenamente seguro. No podía ser otra cosa. Incluso había esperado algo así. Fantástico, terrible, demoledor...

Y «aquello» lo era.

Una forma oval, flotando a poca altura sobre el suelo de la carretera, bloqueando ésta. Una materia traslúcida, opalescente, como un gigantesco globo que, falto de helio o hidrógeno, descendiera casi a ras de tierra.

Emitía un raro zumbido que hacía vibrar el coche a turbinas de Marcel, que prácticamente despertaba vibraciones cortas y espasmódicas en todo. Incluso en sus cuerpos.

Planeaba lenta, pesadamente. Según como lo enfilara la luz diurna, se confundía en el polvo de la campiña, en la claridad solar, igual que si fuese invisible. Una invisibilidad tornasolada de matices grisáceos, opalinos.

No había razón para suponer que el cuerpo flotante tuviera la menor relación con los virus. Pero Marcel y Denise sabían que así era. No podía ser de otro modo. Aquello era un arma, un medio de detenerles. O de aniquilarles...

Marcel, angustiado, miró en derredor. Habían elegido estratégicamente el lugar. Eso denotaba, una vez más, su diabólica astucia en la lucha. No había caseríos ni pueblos, ni persona alguna en cuanto abarcaba la vista. Sólo lomas verdeantes, campos cultivados, y el mar en la distancia.

El mar...

Era su meta, su salvación. Pero aún estaba lejos. Inaccesible, si «aquello» formaba parte de la invasión virulenta.

Marcel quiso saltar del coche, ayudar a Denise a hacer lo mismo. Pero era inútil. Las vibraciones aumentaban en intensidad. Le impedían incluso actuar eficazmente. Le agarrotaban los miembros, con un calambre continuado y doloroso, ensordecían sus tímpanos, le hacían sentir agudos dolores de cabeza. Tuvo que cerrar los ojos, aturdido.

Denise, gimió, a su lado. Le rodeó con sus brazos, dijo algo. Algo que las propias vibraciones ahogaron en su constante golpeteo. La sintió estremecer. Quiso hacer algo por ella. Y no pudo.

No fue capaz de hacer nada, ni de intentarlo siquiera. Se hundía en la oscuridad de la inconsciencia, del aturdimiento terrible, demoledor. Estaba desvaneciéndose. No quería. Pero no podía evitarlo. Luchó con toda su voluntad contra el azote de las vibraciones malditas.

Fue una lucha perdida. No logró nada.

En vez de eso, se derrumbó, inerte, en el asiento de su turbomóvil. Y Denise cayó junto a él, vencida por la misma fuerza vibratoria que abatiera a su marido.

El gran óvalo opalescente, flotó, se movió hacia ellos, cubrió el coche de súbito.

Pero eso lo ignoraba ya Marcel. Y Denise.

El «Núcleo Uno», había atacado. Y había vencido.

* * *

Había vencido, sí.

Ahora, Marcel Bernard supo eso claramente. Sin lugar a dudas.

Lo supo cuando abrió los ojos y se vio allí. Supo inmediatamente, cuando las primeras nieblas de aturdimiento se disiparon en su mente, que aquel no era un lugar terrestre. Ni siquiera humano. Dondequiera que estuviese, era propiedad del virus.

Un sitio extraño. Frío, distante, ominoso. Mortal y silente como una tumba. Allí estaba él.

El... y Denise.

Los dos, vencidos por el enemigo terrible, silencioso. Los dos, abatidos en la desesperada lucha por la vida, por la victoria del alma humana, por el sobrevivir del orbe.

—Dios mío, no... —jadeó a flor de labios—. Esto no puede ser, Señor. Tú no puedes permitirlo. Nosotros somos tus criaturas. Estos monstruos lejanos, inanimados y sin sensibilidad, no pueden destruirnos tan simplemente.

Su oración exasperada no podía tener respuesta. Se estrellaba, como sus palabras, contra los muros vítreos, fríos, tersos de un azul glacial. Y allí, tras el muro cristalino, como cuerpos en urnas de hielo eterno, vio a Denise. Con su misma rigidez. En pie, dentro de un cubículo angosto pero alto, envuelto en vidrio o lo que fuese. Vecinos ambos. A pocas pulgadas de distancia. Y alejados como por millones

de años-luz.

—Denise... —jadeó, contemplando, patético, el rostro terso, descolorido, exánime—. Denise, por favor... Respóndeme... Dime que todo esto forma parte de un mal sueño. Que en cualquier momento despertaremos... y nada habrá sucedido. ¡Nada de esto será verdad!...

Casi sollozaba. Pero era inútil. No era un sueño. Era verdad. Estaba sucediendo. Sucediéndoles a ellos.

Denise no contestaba. Seguía allí, inconsciente aún. Como muerta. En pie, erguida. Igual que una estatua, una figura artificial... o una simple momia hermosa e incorrupta.

No, no podía estar muerta. Ella tenía que vivir.

Miró al otro lado, a otro lugar de los muros vítreos que le rodeaban. Descubrió algo que le dio un escalofrío.

Una cámara circular, amplia y luminescente. En ella no había nadie. Absolutamente nadie. Sólo vacío, soledad. Pero no silencio. Ahora, un rumor comenzaba a llegar a él, a través de las tenues paredes transparentes.

Rumor de agua. El agua que estaba cayendo de un surtidor situado en la parte alta, en la bóveda curva de la cámara circular. Agua copiosa, en forma de ducha. Una gran ducha, sobre una pileta cristalina, color gris, donde hubieran podido ducharse docenas de personas.

No hacía falta que nadie le dijera lo que preparaban. Agua dulce. Agua dulce, para quitarles el salitre. Quizá agua con algún disolvente poderoso, para acabar con el último vestigio salitroso de su cuerpo.

Denise y él... sometidos a una ducha forzosa, dentro de la extraña cárcel de sus enemigos. Y el fin de la inmunidad. Luego, el horror caería sobre ellos. La masa de bacterias les invadiría. El virus se haría dueño de los cuerpos de sus dos únicos enemigos conscientes, de los que estaban enterados, de los que podían avisar al mundo.

Marcel cerró los ojos. Apretó con coraje, con impotente furia, sus dedos crispados, hasta hincar las uñas en las palmas y hacerse sangre. Era inútil todo lo que habían intentado. Lo único hermoso de su fracaso, de su muerte, como seres humanos, sería que iban a perecer juntos. Denise y él...

Las cosas se precipitaron luego. En realidad, tenía que suceder así. Ahora, el virus tenía prisa. Prisa por destruir al gran enemigo. Al único que logró inquietarle...

Lo primero que sucedió fue que Denise despertó. Lentamente. Miró en torno con estupor. Luego a Marcel. Entendió por fin. Crispó sus manos sobre el vidrio azul. Pareció requerirle desesperadamente. Le vio mover los labios,

sin entenderla, sin oírla. El la respondió con frases de aliento. Pero sabía que era inútil. No le oiría en absoluto.

Luego, Marcel le señaló hacia la gran catarata de agua. Denise miró allá. La vio palidecer, estremecerse... Ella también había entendido.

Después, uno de los muros vítreos se hundió en el suelo. Deslizose, desapareciendo en el pavimento gris, terso y duro. No dejó rastro. Quedó abierta la salida. Salida para los dos. Salida a la ducha de agua dulce. Salida a la muerte...

Entonces sí sonó la voz de Denise:

—Marcel, querido... ¿Qué vamos a hacer ahora?... Es el fin, ¿verdad?

—Sí, Denise. Es el fin, si Dios no lo impide. Ten valor.

—Lo tendré, querido. Vamos allá. Cuanto antes termine todo esto, mejor...

Salieron. Se reunieron sobre el breve paso o galería de suelo gris, cristalino, hacia la gran pileta redonda, donde golpeaba el agua furiosamente, desde los surtidores del techo.

El brazo de Marcel la rodeó, protector y amoroso. Se unieron sus labios en un largo, desesperado beso. Avanzaron por la amplitud desierta, sin nadie a la vista. Pero Marcel tenía la impresión cierta de que miles de ojos invisibles, fijos en ellos, les seguían ávidamente, esperando el desenlace inevitable.

Marcel y Denise Bernard continuaron adelante. Llegaron ante la pileta. Se detuvieron. El golpeteo del agua dulce, jamás les pareció más siniestro ni terrible. Era como la llamada ronca, susurrada, de la propia muerte que les envolvía en su manto negro, impalpable y despiadado.

Cuando los residuos de cloruro de sodio acumulados en sus poros, en su piel, se eliminaran arrastrados por el agua dulce, el antídoto contra el virus, no existiría. Y ese sería el momento en que el enemigo voraz penetraría, triunfante, en ellos.

—Animo, Denise —musitó Marcel, rodeándola con un brazo, y con el otro colgando a lo largo de su cuerpo, con la mano cerca del bolsillo de su pantalón—. Animo...

De algún lugar, en un muro circular, llegó una voz metálica, como grabada en un magnetofón o algo parecido:

—«Núcleo Uno» ordenando a los prisioneros que se despojen de sus ropas. Despójense de sus ropas por completo. Es una orden del «Núcleo Uno». Obedezcan de grado o serán obligados...

Marcel y Denise se miraron. El esperaba eso.

—Quieren estar seguros de que el salitre desaparece. Le temen. Quizá un gramo de sal basta para frenarles. Me pregunto qué sucedería con mucha sal cerca de ellos.

Denise, dócil, comenzó a desabotonar su blusa. Era como un autómata. Pero Marcel la detuvo firmemente.

—¡No espera! —cortó, abrupto—. No te desnudes.

—Pero Marcel, «ellos»... «ellos» nos obligarán igualmente...

—¡No importa! ¡Que lo hagan! ¡No nos desvestiremos de buen grado! ¡No cederemos a sus exigencias, ni aunque eso de «Núcleo Uno» signifique que estamos en el cuartel general del virus!

—Pero, Marcel...

—Está decidido, Denise. Que vengan a despojarnos de las ropas, si quieren. Mientras mantengamos el salitre en nuestros cuerpos, nada podrán hacernos...

—Muy bien —respondió la voz metálica por los invisibles altavoces—. Vemos que conocen el antídoto. Y que se resisten estúpidamente. Ahora serán obligados.

Una nueva puerta se abrió en uno de los muros circulares, en torno a la pileta gigante. Era una puerta alta, deslizante. Por ella comenzaron a brotar hombres.

Sí, eran *hombres*. Al menos, su apariencia. Altos, atléticos, rígidos. Caminaban como autómatas. El virus sabía hacer bien las cosas. Absorbidos hombres fuertes, poderosos, habían sido puestos como guardia especial interior de aquella nave, cuartel o lo que fuese.

Marcel contó hasta doce. Miró fijamente a Denise. Ella temblaba, muy pálida.

—Es inútil —musitó, aferrándose a él—. Es inútil, Marcel querido...

—Calma, pequeña —jadeó Bernard, con voz tensa de rara entonación—. Calma aún... Deja que ellos se acerquen...

Esperaban. Esperaban la llegada de la lenta procesión mecánica de los doce hombres de andares automáticos. Bernard se mantenía igual. Rodeando a Denise con un brazo, colgando el otro a lo largo del cuerpo. La mano rozaba su pantalón, donde guardaba su pitillera. Los virus no le habían quitado nada durante su inconsciencia. Sin duda, ni querían tocarle, para evitar el contacto con el cloruro sódico de su piel.

Marcel sonrió duramente, fija la mirada en los hombres autómatas, cada vez más próximos, más amenazadores.

—Denise, cuando salí del hospital, para correr en tu auxilio, me detuve unos momentos en casa de un amigo nuestro —susurró rápidamente—. Tú le conoces: Paul Dorset...

—Paul, ¿el químico? —indagó Denise, mirándole sorprendida, de soslayo—. Y ¿qué puede importar eso ahora?...

—Paul no era uno de «ellos», lo comprobé bien —sonrió Marcel—. Le pedí ayuda urgente. Me la facilitó en pocos minutos.

—No te entiendo, querido.

—Ahora lo entenderás... si todo resulta como yo espero.

Denise se mantuvo agazapada, acurrucada contra Marcel, sin comprender bien lo que él quería decirle. No parecía imposible hacer nada práctico ante la amenaza de los autómatas. El virus, sabiendo que directamente no podía atacarles, utilizaba la apariencia física de esclavos, de «poseídos» suyos, para dominarles totalmente, para poderles reducir sin peligro, sin contacto entre el antídoto natural que formaba el cloruro de sodio y su materia extra-terrestre.

Ya estaban sobre él diez de los gigantescos individuos automatizados. Otros dos guardaban la puerta abierta en el muro, Marcel elevó a Dios su demanda de ayuda más ferviente. No sólo por sí mismo y por Denise, sino por los demás. Por todos los que allá fuera, ignoraban el horror que se cernía sobre el planeta.

Luego, la mano de Marcel se hundió en el bolsillo. Extrajo la pitillera. Los autómatas le miraban, sin recelar nada, seguros de su triunfo. Les estaban cercando ya. El joven doctor Bernard alzó la pitillera.

Denise aún no había comprendido, cuando la pitillera comenzó a pulverizar algo denso, blancuzco, al oprimir Marcel la parte posterior del recipiente destinado a cigarrillos, en la que se advertía un resorte de goma, neumático, sobre el que Marcel presionaba con fuerza a ráfagas intermitentes.

Atónita, Denise vio como el polvo blanco, proyectado sobre los autómatas, detenía a éstos en seco. Miradas estúpidas se fijaron en él. Luego, hubo contracciones dolorosas, los atletas comenzaron a retroceder a tambalearse...

Marcel lanzó un rugido, cuando presionó de nuevo la pitillera, haciendo salir otro chorro de blanco polvo. Denise sintió su roce, le tocó los labios. Notó algo seco, crujiente, salobre...

Ya los enemigos dejaban paso libre, Marcel lanzó sobre el agua de la gran pileta otros dos chorros del polvo blanco. Se posó en el agua, que espumeó. Riendo casi, Marcel aferró una mano a Denise, corrió hacia la puerta guardada por los dos hombres fornidos, que se cruzaron ante él, para impedir que la franquease.

A Bernard le bastó oprimir la pitillera para lanzar un chorro de polvo blanco sobre ellos. Tosiendo, convulsos, se apartaron. Denise volvió la cabeza. Los atletas caían, como fulminados por un rayo, se retorcían en el suelo vítreo, gris, como insectos aniquilados por un potente veneno.

—Pero, Marcel, ¿qué es lo que...? —gimió Denise, asombrada.

—Sodio. Cloruro de sodio superconcentrado. Es como tirarles libras de sal encima —rió Marcel, furioso, pasando el hueco de la misteriosa puerta, siempre con Denise junto a él, fuertemente enlazada a su mano—. ¡Vamos a ver si nos abrimos paso, Denise! ¡Paul Dorset me preparó muy pronto esta carga, mientras yo habilitaba mi pitillera como pulverizador!

Se hallaron en un lugar fantástico, delirante. Detuviéronse, como cohibidos, impresionados por el terrible panorama que les cercaba, en apocalíptica amenaza

Los muros eran de vidrio también. O de materia similar. Formaban dos flancos, los de un corredor hacia una salida. Cada muro, venía a constituir la pared transparente de una especie de vitrina gigantesca, de urna o de pecera colosal.

Sólo que allí no había peces.

En un lado, se veía una especie de paisaje monstruoso, horrendo. Peñascos o masas duras, sobre las que millones y millones de floraciones palpitaban, grisáceas, granulentas. Eran los virus. Los virus que crecían, se desarrollaban. surgían de allí, sin duda, para dominarlo todo, para extenderse como plaga maldita por doquier. Y al otro lado...

Al otro lado, todavía resultaba más horrible.

Una masa gigantesca, como aquella que viera Marcel frente así, en el frigorífico del hospital, se agitaba, culebreando en el interior. Era inmensa, quizá mil veces mayor que la del frigorífico. Una mole repugnante, gris y granulenta, que se agitaba, latía, luchaba contra los cristales, como una babosa ingente, viva y agresiva.

Marcel Bernard tragó saliva, mientras Denise chillaba, horrorizada, a punto de desvanecerse. El espectáculo era demasiado horrible para unos ojos de mujer, no habituados, además, a atrocidades semejantes. Incluso Marcel, que lo viera antes, aunque en proporciones menos monstruosas, sintió un impacto terrible.

De la gran masa negra, granulada, emergían hilos o algo parecido. Quizá, como una araña colosal, extendía una red de sutiles hilos grises. Esos hilos se ligaban a un muro metálico interior, de singulares vibraciones.

Marcel tuvo una idea que podía ser muy factible. Aquellos hilos

era la forma de contacto natural de aquella masa virulenta, para «controlar» a los demás virus. Un medio de *coordinación* que convertían a aquel ser horrible en una especie de general o cabecilla del extraño y alucinante Ejército. La plancha metálica, hipersensible, captaba pensamientos, ideas, lo que fuese que emitía «aquello». Y luego, traducido en órdenes mentales, iba a los hombres que eran ya sus esclavos, o a las masas de virus lanzadas a la conquista.

Recordó algo que oyera por el altavoz: «Núcleo Uno»... *«Núcleo uno»*... Sin duda, «eso» era el «Núcleo Uno». El que capitaneaba o dirigía la invasión de París, acaso de Francia, de Europa, ¿quién podía saber eso?

Marcel le contempló con ojos malévolos. El virus no tenía ojos. Pero era como si los tuviese. Podía sentir mil miradas distintas, clavadas en él...

—Bien. Ya estamos frente a frente... —dijo con voz ronca —. A ver quién vence.

CAPITULO 10

FINAL... ¿O TODAVIA NO?

EL virus sabía que era un duelo a muerte. Y que, encerrado allí, nada resolvía.

Marcel sabía que había que luchar y destruir. O morir. No había otra salida tampoco.

El virus actuó con rapidez. Una presión contra su muro de vidrio, hizo que éste empezara a derretirse, a gotear como cera disuelta. Pero, al mismo tiempo, millones de virus, tras Marcel y Denise, hacían lo mismo, con su encierro cristalino, comenzando a salir en masa, reptando hacia ellos.

Los virus iban a morir matando. Era la decisión desesperada de su «Núcleo Uno», Marcel estaba seguro de eso. Muchos caerían, quizá el noventa por ciento. Pero un diez por ciento caería sobre los despojos de Marcel y Denise y acabarían con ellos.

Era la decisión del «Núcleo Uno». Sabía que no iba a poder dedicarse eficazmente a dos frentes, a dos ataques masivos como aquellos. Además, aunque la sal contaminaría el aire que «ellos» absorbían, pronto se terminaría la carga superconcentrada. Y el «Núcleo Uno» también contaba con eso.

Marcel actuó también con celeridad, a la desesperada. Sabiendo que cada segundo, cada décima, podían ser vitales para él y Denise...

Alzó una pierna en el aire, se mantuvo en pie sobre una sola pierna, plantando cara al virus gigantesco, y susurró con viveza a Denise:

—¡Mi zapato! ¡Mi zapato, Denise! ¡Sácalo... y actúa!

Denise le miró. Quizá creía que se había vuelto loco. Pero no. Ella era inteligente. Si Marcel decía aquello, tenía un significado. Rápida, aferró el zapato de su marido. Le descalzó el pie izquierdo. Miró adentro. Una ancha plantilla de goma se amoldaba dentro del zapato. Una plantilla abultada, con una pera de goma diminuta, y un tapón en el lado opuesto.

Denise tiró el zapato y alzó la plantilla, mirando fijamente a los virus

malignos, que a millones reptaban, saliendo de su encierro, a la orden inaudible de su coordinador, el «Núcleo Uno»...

Quitó el tapón de goma al orificio y oprimió la pera. Una, dos, tres veces...

Era como el juego infantil de regar agua a alguien. Sólo que no era agua lo que salía, sino una elevada concentración en polvo de cloruro de sodio. La poderosa sal, formando nubes irritantes, salobres, cayeron sobre los virus diminutos.

Simultáneamente, con un grito de júbilo y de rabia, Marcel Bernard cargó contra el Gran Virus que venía sobre él...

Presionó alocadamente. Una, dos, tres, diez veces. La sal formaba nubes en torno suyo, le envolvía en una niebla salobre y molesta. Marcel tosió, sintiendo reseca su garganta, escocidos los ojos, llorosos e irritados, agrietados los labios y abultada la lengua en su boca deshidratada.

Pero, a pesar de todo, el virus cayó sobre él...

Marcel chilló, angustiado, al sentir la mole pegajosa, repugnante, horrible, blanda y acolchada, granulienta y fétida, abatiéndose sobre su cuerpo, sepultándole bajo su masa ingente, en una lucha epiléptica contra el enemigo letal, la sal que todo lo inundaba, en torbellinos ardientes.

Al contacto con el aire extraño del lugar, la sal aumentaba su volumen, la superconcentración se expandía, formando masas salitrosas que llovían, blancas, sobre los cuerpos repelentes.

Marcel sentíase ahogar. Algo cálido y repulsivo le humedecía el cuerpo. El virus luchaba por apoderarse de él, por morir matando. Si él quedaba aniquilado, nadie sabría nunca lo que sucedía. Y otros «Núcleos» como aquél seguirían adelante la tarea horrenda...

Marcel luchó en un espasmo final, aplastado por la masa nauseabunda, sintiendo que ésta, en sus coletazos finales de vida, convertida casi en una costra de sal, le absorbía la mente.

Era una sensación rara, espeluznante. Como si su cerebro fuese absorbido, arrancado a tiras. Un dolor sólo comparable al de una meningitis o un cáncer en la masa encefálica...

Desesperado, tiró de las tapas de su pitillera. El improvisado depósito de sodio superconcentrado, dejó escapar una última, densísima nube, casi asfixiante para el propio Bernard.

Y comenzó a perder el conocimiento, a saber que moría en poder del virus.

* * *

Luego, de repente, fue el virus el que murió.

Dio un coletazo final. La materia gris, pulverizada de fino salitre, se quedó inmóvil. El cerebro dejó de dolerle a Marcel. Creyó recuperar la vida, el dominio de su voluntad, de sí mismo.

Lentamente, respiró. Sólo podía tragar sal, mezclada con un poco de aire. Tosió, pero incluso la sal le pareció tonificante, en sus pulmones. Se incorporó trabajosamente, echando a un lado a la masa blancuzca, inmóvil. La epidermis o lo que fuese, recubierta por la sal temblaba. Denise seguía disparando su pulverizador sobre los virus pequeños, que retrocedían, dejando millones envueltos en costras salinas, inmóviles y vencidos.

—¡Lo logramos, Denise! —jadeó Marcel, saliendo de su repugnante prisión—. ¡Lo logramos!

Corrió, llevándola por la mano, hacia el fondo de aquel corredor opalescente. Al final, una puerta se mostraba ante ellos. Nada más pisar Marcel el suelo ante ella, cedió un mecanismo automático. La puerta se alzó.

Deslizose silenciosamente... y el sol entró en el corredor horrible, barriendo los últimos vestigios de aire ponzoñoso, siniestro... Centelleando en nubes y nubes de blanca sal.

—¡Libres! —rugió Marcel—. ¡Libres, Denise!...

Era el campo. El campo de Francia. Un bosque denso, unas colinas. Un lugar desierto. Y, sobre las copas de los árboles, flotaba el óvalo opalescente. Marcel se asomó. Alcanzaba las ramas de los frondosos árboles. Se volvió a Denise, apretó con más fuerza su mano...

—Vamos —musitó—. Podemos descender, querida.

—¿Y... y luego, Marcel? Tú sabes... que todo está lleno de virus aún.

—Ahora conocemos el arma. Dije a Paul Dorset que avisara al Gobierno, al Ejército. El tiene influencias. No sé si le creerán como él me creyó, pero...

Comenzaron a bajar. Fue un descenso peligroso. Pero al lado de los otros peligros, no significaba nada, para los Bernard. Incluso era hermoso, emocionante. A pesar de que el peligro no había pasado aún.

Cuando llegaban ya al suelo del bosquecillo, bajo la sombra de la nave ovalada, flotante, inmóvil, Denise lanzó un grito y señaló a un punto:

—¡Marcel! ¡Dios mío, Marcel, mira eso!...

Se volvió, alarmado. Y en el acto respiró con alivio.

Vio la hilera de «jeeps» a reacción, de turbotanques, de vehículos militares que avanzaban por la carretera hacia ellos. Eran fuerzas armadas del Gobierno francés.

Corrieron hacia ellas. Denise aventuró:

—Podrían ser... «ellos» también...

—Podrían serlo, sí —asintió Marcel—. Pero el corazón me dice que no, que esta vez no son «ellos».

No lo eran. Vio a Paul Dorset, su amigo químico. Este le agitó su mano, triunfalmente. Los ojos de los militares, del propio Dorset, se fijaron en el óvalo flotante, color gris.

La prueba. La gran prueba para demostrar su verdad. Y el peligro que corría el mundo.

—Ahora van a creer en ti, Marcel —musitó Paul Dorset—. Quizá no den publicidad a esto, porque despertaría el pánico mundial. Pero todos los Gobiernos iniciarán secretamente la campaña para destruir al virus. Tenemos el cloruro de sodio como antídoto. Ya es algo. Se usará en grandes cantidades. Se fingirán vacunas contra enfermedades vulgares... que llevarán una gran dosis de sodio, inofensivo para los seres normales. ¡Creo que venceremos al virus!

Marcel sonrió, asintiendo con expresión cansada. Denise estaba a punto de desvanecerse. Ya había soportado demasiado. La rodeó con sus brazos, la besó.

—Has sido muy valiente, querida. Como nadie podría haberlo sido —murmuró.

—Porque te tenía a ti a mi lado, Marcel —respondió ella, con voz rota—. Eso es lo que me dio fuerzas.

—Entonces, cuando nos separaremos...

—Oh, Marcel, por Dios. Nunca más hables de eso. ¿Cómo vamos a separarnos... tú y yo? Se harán las cosas como tú desees. He recibido mi lección, querido. La más dura lección.

Y entonces, al besarla de nuevo Marcel, se terminaron sus fuerzas. Se desvaneció en sus brazos.

—Nos harás falta, Marcel —dijo el químico Dorset—. Mucha falta, amigo mío, en esta guerra secreta que ahora empieza.

—Claro —afirmó Marcel Bernard—. Nadie puede desearlo más que yo.

Y ésa es mi historia.

La lucha ha empezado. Secreta, calladamente. No puede avisarse a la gente, porque el pánico, el terror, la sicosis colectiva, lo echarían todo a rodar. Y, entonces, el virus vencería.

Pero ustedes, *estén alerta*. Ahora, ya saben lo que sucede. *Quizá todavía está sucediendo.* A quienes lean esto, les ruego que vigilen, que tengan cuidado...

Nosotros, los humanos, podemos luchar contra cualquier enemigo del exterior. Pero hace falta que nos unamos, que luchemos juntos, que olvidemos odios y rencores.

Así ganaremos siempre. Estoy seguro. Porque Dios está con nosotros.

No sé si ganaremos esta guerra sorda y terrible. El virus es poderoso, malvado y astuto. No sabemos siquiera de qué planeta o espacio llegó. No importa.

Lo realmente importante era empezar. Y ya hemos empezado.

Ahora, todo depende de ustedes. La lucha sigue. *Usted* también forma parte de ella.

Usted lector... ¡Tenga cuidado!

Doctor Marcel Bernard.

FIN

Galaxia 297 — 4

Notas

[←1]

Robert A. Henlein y Ray Bradbury son dos famosos y prestigiosos autores de ciencia—ficción, notable el primero por «The Puppets Master» y el segundo por sus «Crónicas Marcianas» y «El Hombre Ilustrado», obras maestras en su género. (N. del A.)